

**Congregación de los Sagrados Corazones
de Jesús y María**



Octubre 2008

16

Com-Union



***Hermanas y Hermanos SS.CC.
víctimas de la violencia del mundo***

Portada

Hawai, Honolulu; Casa de las Hermanas Malia O' Ka Malu: mosaico del barco "Marie Joseph"

Índice

INTRODUCCIÓN	3
LA MISIÓN DE JESÚS DE RECONCILIACIÓN – NUESTRA MISIÓN DE REPARACIÓN: UNA RESPUESTA ORANTE Y PASTORAL FRENTE A LA VIOLENCIA <i>Patrick Lynch ss.cc.</i>	4
LA EXPERIENCIA DE VIOLENCIA EN AL VIDA DE LA BUENA MADRE <i>Katherine Francis Miller ss.cc.</i>	7
NUESTRO FUNDADOR EN EL MEDIO DE LA VIOLENCIA: MEDITACIÓN ANTE SU TUMBA <i>Edouard Brion ss.cc.</i>	9
EXPERIENCIA DE SUFRIMIENTO, PERSECUCIÓN Y VIOLENCIA DE LA COMUNIDAD PRIMITIVA SS.CC. <i>Jeanne Cadiou ss.cc.</i>	11
VALIENTEMENTE ENFRENTARON POSIBLES DESASTRES NATURALES <i>Mary Dolorine Pires ss.cc.</i>	15
¡PERSECUCIÓN RELIGIOSA--EN EL PARAÍSO! <i>Mary Dolorine Pires ss.cc.</i>	18
LOS «MÁRTIRES DE PICPUS» VOLVIENDO SOBRE UNA HISTORIA DOLOROSA <i>Eric Hernout ss.cc.</i>	21
¿MÁRTIRES? SÍ, MÁRTIRES <i>Carlos Barahona ss.cc.</i>	27
PADRE ALFONS (WALTER) SPIX <i>Stefan Gerhard Diefenbach</i>	31

LA PROVINCIA HOLANDESA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	35
<i>Jan Wouters ss.cc.</i>	
HERMANOS Y HERMANAS, VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA EN EL MUNDO. ¿Y EN LA R. D. DEL CONGO?	39
<i>Paula Teck ss.cc.</i>	
LA MUERTE DE NUESTROS HERMANOS Y HERMANAS INOCENTES	42
<i>André Kibeti ss.cc.</i>	
LA MUERTE ACCIDENTAL DE LA HERMANA CÉLESTINE MPOLO	44
<i>Willy Mpia Makila, ss.cc.</i>	
LA MUERTE ES INCOMPATIBLE CON LA VIDA...	46
<i>Nicolas Malaba ss.cc.</i>	
LA VIOLENCIA, EN EL CONTEXTO CERCANO DE LOS HERMANOS DE LA VICEPROVINCIA DE COLOMBIA	48
<i>Miguel Habacuc Ortega Moreno ss.cc.</i>	
UN 2 DE ENERO 1982, EN ZAIRE...	50
<i>Marie-Lucie Geniteau ss.cc.</i>	
PADRE BOLESŁAW WARTAŁOWICZ VÍCTIMA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	53
<i>Radosław Zięzio ss.cc.</i>	

Introducción

Marzo 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Este nuevo número de Com-Union comienza a publicarse en la página web durante los días de la celebración de la Pascua. En el centro del misterio de nuestra fe está la Cruz, que celebramos como árbol de vida y fuente de salvación. Pero la Cruz es la expresión de la muerte cruel y violenta que sufrió Jesús, manifestación desoladora del misterio del mal y del odio, y recuerdo perenne del sufrimiento que envuelve el mundo.

A lo largo de la historia de la Congregación, muchos hermanos y hermanas han experimentado la violencia de manera cercana y aguda. No hablamos de los que han sufrido y sufren por causa de la enfermedad o la vejez, aunque, claro está, formen parte preciosa de nuestro Instituto. Este número de Com-Union no trata tanto del “sufrimiento” en general como de la violencia y, concretamente, de las muertes violentas; de hermanos y hermanas que han muerto en accidentes, o asesinados, o confundidos entre otras víctimas de guerras y de desastres. Y no sólo de los que podríamos considerar “mártires”, es decir, aquellos a los que se les quita la vida violentamente a causa de su fe. Muchos han sufrido la violencia o han muerto brutalmente sin que ello haya sido ocasión de una especial profesión de fe. Simplemente, como se suele decir, “les ha tocado” esa suerte. A todos ellos y ellas se refiere esta publicación.

Vivimos en un mundo agresivo, de cuya violencia participamos en la medida en que también nosotros podemos reaccionar visceralmente contra otros, o ignorar despreciativamente a los que nos resultan extraños, o herir despiadadamente a los demás, o abrigar sentimientos que nutren el rechazo y la división. De esa violencia deberemos convertirnos para intentar responder a nuestra vocación de reparación y reconciliación.

Pero fijémonos ahora en la parte que nos toca de “víctimas”. No pretendamos “merecer” nada si en alguna ocasión somos objeto de alguna agresión; situémonos más bien en la perspectiva de nuestra solidaridad con la multitud de víctimas que pueblan la tierra. También nosotros como Congregación cargamos con la parte que nos toca del sufrimiento provocado por la brutalidad y la violencia del mundo y de la humanidad. Sería extraño que ante tanta desgracia y dolor, pasáramos incólumes e impasibles por el escenario de la historia.

Muchos hermanos y hermanas han sufrido de manera privilegiada la violencia que condena desde siempre a masas incontables de personas a una existencia cargada de sufrimiento y oscuridad. Estos artículos invitan a conocerlos mejor, a reflexionar sobre el implacable misterio del mal, y a mirar, con ojos quizás desconcertados pero siempre esperanzados, a Aquel que desde la Cruz nos abre -a nosotros y a todas las víctimas- la puerta de la Vida.

Un afectuoso saludo en los SS.CC.

Rosa Mª Ferreiro ss.cc.
Superiora General



Javier Álvarez-Ossorio ss.cc.
Superior General



La Misión de Jesús de Reconciliación –

Nuestra Misión de Reparación:

Una respuesta Orante y Pastoral frente a la Violencia

Patrick Lynch ss.cc.



En los últimos cuatro meses dos experiencias me han dejado muy claro en una forma muy fuerte el impacto destructivo que la violencia tiene sobre los individuos, las familias, las comunidades y sociedades. En primer lugar, como miembro de la Comisión Independiente que revisa el Asilo aquí en Inglaterra, he tenido la oportunidad de escuchar las evidentes razones para buscar asilo de gente con muy diferentes antecedentes y procedentes de muy distintas partes del Mundo. Una y otra vez hombres y mujeres, a menudo llorando, describían de manera muy expresiva los golpes e insultos que reciben, la persecución que tienen que enfrentar, el aislamiento que sienten ahora y el miedo de volver al país de origen. He visto muy claramente que las cicatrices de la violencia son muy profundas y afectan todos los niveles - físico, emocional, familiar, social e internacional.

La segunda experiencia sucedió en el último día de mi viaje a Ghana, cuando tuve la oportunidad de visitar “El Mina”. El fuerte en “El Mina” cerca de Cape Coast fue construido por los portugueses y fue el lugar de la primera iglesia católica en Ghana. Sin embargo, años después que los portugueses fueron expulsados, el fuerte se convirtió en el centro del mercado de esclavos en África occidental. Viendo como y donde los esclavos eran encerrados, oyendo como eran tratados y viendo donde eran vendidos y después enviados por barco a Europa y América sin posibilidad de volver a ver su país o volver a encontrar a sus personas queridas me dejó sin palabras. Era el mismo sentimiento que experimenté hace años visitando el Memorial del Holocausto en Washington D.C.

La violencia ha sido siempre parte de la historia humana y si bien la violencia adopta formas diversas – una persona contra otra, un grupo contra otro, una nación contra otra nación – el centro de atención en este artículo no es un análisis de la violencia desde un punto de vista político, social, cultural ni siquiera moral sino una reflexión sobre la violencia desde la perspectiva de nuestra fe cristiana y de nuestro carisma SS.CC.

Yo siempre he encontrado una experiencia emotiva la visita al cementerio en Picpus. Las tumbas de aquellos que murieron en la guillotina me hacen recordar que nuestra Congregación nació en un tiempo de gran agitación social y terrible violencia pero las tumbas del Buen Padre y la Buena Madre me hacen pensar en sus repuestas llenas de fe y de valentía. La respuesta de nuestros Fundadores ante la violencia fue tanto orante como pastoral. Nuestros Fundadores no cerraron sus ojos ni sus corazones ante la realidad de la violencia, más bien, como San Pablo, vieron la violencia por medio de los ojos de la fe. Una y otra vez Pablo nos recuerda la realidad de la muerte de Jesús en la cruz. Pablo no dice simplemente que Jesús murió. Una y otra vez pone el énfasis en el hecho de que Jesús murió en la cruz. Habla del “Cristo crucificado” (Gal.3.1); habla acerca de Jesús “derramando su sangre en la cruz” (Col.1.20); habla de como Jesús fue “obediente hasta la muerte en la cruz” (Phil. 2.8); nos dice como Jesús “nos reconcilió con Dios a través de la cruz” (Eph.2.11). Para Pablo la crucifixión

es mucho más que un detalle histórico. Proclamar el Evangelio para Pablo supone mucho más que usar palabras elocuentes, supone proclamar al “*Cristo crucificado*” (1 Cor. 1.17). Él ve la crucifixión como una muy profunda expresión del amor de Dios porque “*Dios lo (Jesús) ha entregado como víctima, por cuya sangre obtiene el perdón de nuestros pecados*” (Rom. 3.25). Este es el motivo de que el lenguaje de la cruz sea sin sentido para algunos (1.Cor.18).

¿Cómo podemos, por tanto, entender y dar sentido al “*misterio de la cruz*” en nuestras propias vidas, en la historia y en el mundo en el que vivimos? Muchos grandes pensadores lo han tratado, pero me parece que el don y la herencia de nuestros fundadores en relación con la cruz ha sido el que nosotros apreciamos y nos apropiemos del misterio de la cruz ante todo y sobre todo a través de la oración. Muchos de nosotros en nuestro trabajo pastoral han servido y acompañado a gente que ha experimentado los terribles efectos de la violencia. Cuando alguien muere violentamente o experimenta la violencia, se desata un conjunto de sentimientos contenidos y de preguntas entre aquellos que directa o indirectamente quedan afectados – familiares, amigos, compañeros de estudios, compañeros de trabajo, miembros de la comunidad parroquial – sentimientos que no podemos expresar totalmente y preguntas que no podemos responder plenamente. Nuestro punto de partida SS.CC. es llevar todo eso a la oración. Es en y a través de la oración, y para nosotros de forma especial en la adoración, donde Dios nos enseña a mirar a Cristo en los sufrimientos de los otros y donde nos da el corazón para responder como Cristo a los sufrimientos de los otros.

Desde esta perspectiva el relato de la Pasión según San Lucas puede ser una fuente particularmente rica de reflexión y meditación. Se llama a menudo al Evangelio de Lucas “el Evangelio de la misericordia, la compasión y el perdón” porque esos son temas transversales en las comidas compartidas por Jesús, en los milagros que Jesús realiza y en las parábolas que Jesús cuenta. Estos temas alcanzan su clímax en medio de la violencia de la Pasión. En la Pasión, Lucas como los otros evangelistas, describe cómo Jesús es traicionado y golpeado, torturado y azotado, ridiculizado y abusado y, finalmente, crucificado. Sin embargo en medio de sus sufrimientos, Jesús cura la oreja del esbirro en el jardín de Getsemaní (Lc 22:51), perdona a Pedro (Lc 22:23), perdona a los guardias (Lc 23:24) y muestra misericordia por el ladrón arrepentido (Lc 23:43). Incluso Herodes y Pilatos quedan afectados y reconciliados (Lc. 23:12). Así pues para Lucas, Jesús es tanto la víctima de la violencia como también el que sana de la violencia y en ningún lugar esto es más claro. Para Lucas, la crucifixión es claramente un momento del perdón de Dios, de la gracia de la curación y la conversión a través de Jesús para aquellos que se abren a ello. Para Lucas la Pasión de Jesús está también íntimamente ligada a la oración de Jesús. Lo mismo que Jesús (en el evangelio de Lucas especialmente) se vuelve frecuentemente a su Padre en la oración durante su vida, así también ahora se vuelve a su Padre cuando muere - primero en el huerto de Getsemaní y después con sus últimas palabras – una oración de sumisión a la voluntad de su Padre - “*Padre en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23:46). Parece que Lucas nos invita no solo a leer la Pasión sino a rezar la Pasión – leerla, reflexionar sobre ella, entrar en ella y dejarse uno mismo ser sanado y convertido por ella. El artículo 4 de nuestras Constituciones expresa esto de una forma muy hermosa: “*Nuestra reparación es comunión con Él, cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre y cuya obra es reunir por su sangre a los hijos de Dios dispersos*”.

Desde luego nuestra misión de reparación nos invita a ir más allá - “*nos sentimos solidarios con los hombres y mujeres víctimas del pecado del mundo, de la injusticia, del odio*” y “*a colaborar con todos aquellos que animados por el Espíritu, trabajan por construir un mundo de justicia y de amor, signo del Reino*”(Art. 4). Nuestros Fundadores no estuvieron ciegos ante la realidad y el horror de la violencia ni tampoco quedaron entumecidos por la experiencia de la violencia. Como Jesús nuestra misión de reparación comienza en la oración pero se expresa

en sanar y reconciliar. En ningún lugar Jesús habla más claramente acerca de la misión y el servicio de la reparación que en la parábola del Buen Samaritano (Lk. 10:25 – 37).

Cuando se lee la historia del Buen Samaritano, es importante tener en cuenta que el incidente tiene lugar cuando el hombre va de Jerusalén a Jericó. Para los Judíos, Jerusalén era la ciudad de Dios – era el centro de su fe, de su cultura y de su identidad. Por otra parte, Jericó era una ciudad mundana. El hecho de que el hombre iba de Jerusalén a Jericó tenía para Lucas tanto un significado espiritual como geográfico. En segundo lugar, es bueno no olvidar que los Samaritanos eran despreciados por los judíos. Eran considerados heréticos y extranjeros. En tercer lugar, es útil recordar que Jesús está hablando con un escriba. En aquel tiempo muchos judíos, especialmente aquellos que estaban versados en la ley, habrían creído que se obtenía la salvación ante todo conociendo y observando la Ley.

La parábola del Buen Samaritano nos hace recordar que no es suficiente con simplemente conocer (como el escriba) qué hacer; nosotros tenemos que responder y actuar realmente. Si observamos atentamente la historia, vemos que el Samaritano “ve” los efectos de la violencia y “responde” inmediatamente al sufrimiento y el dolor que el hombre ha experimentado. Aún más, él “establece una estructura” para curar las heridas y las cicatrices de la violencia. El Samaritano ve el dolor y sufrimiento del hombre que ha sido golpeado pero también se deja mover por este sufrimiento. Contrariamente al sacerdote y el levita que estaban muy ocupados, él se para, escucha y responde con cuidado y compasión, de esta forma se queda con el que sufre. No solamente le lleva a la posada sino que regresa a la vuelta para estar seguro de que el hombre se ha recuperado. La parábola del Buen Samaritano es una llamada a la conversión, a la compasión y al compromiso – una llamada a “ver” el sufrimiento del mundo, una llamada a “responder” con compasión a los que sufren y una llamada a “ser solidarios” con los que sufren – una llamada que se refleja en nuestras Constituciones : *“Nuestra fe nos lleva a acoger y servir al propio Jesús, que sufre en las víctimas de la codicia e injusticia humana hasta el fin de la historia”* (Art. 30. 4).

Nuestra Congregación ha tenido el honor de dar a luz testigos de esta llamada a ser testimonio de la curación y del amor de Dios que reconcilia frente a la violencia y ante aquellos que han experimentado violencia durante muchos años y en tantas partes del Mundo – en Francia y España, en Alemania y Polonia, en Mozambique y el Congo, en Chile, Colombia, Perú y Argentina, en Indonesia, China y más recientemente en la India. Como la misión de Jesús nuestra misión de reparación y reconciliación es tanto oración como pastoral. Es la llamada a “ver” la presencia de Cristo en aquellos que sufren y “ser” presencia de Cristo para aquellos que sufren – una llamada que ha sido bellamente resumida por la Comisión Chilena de Espiritualidad:

“En el silencio de nuestras pequeñas capillas, recordamos los acontecimientos de la vida mortal de Jesús, desde su nacimiento hasta su muerte, contemplando en ellos los sufrimientos de nuestro pueblo y el trabajo de nuestros hermanos de los Sagrados Corazones... Pedimos al Cristo Resucitado, que vive misteriosamente en el Pan que ofrecemos, que dé valor a los pobres y enfermos, a los afligidos y abandonados. En adoración somos solidarios con la pasión que Cristo sufre en la historia que vamos viviendo

Allí está nuestra fuerza misionera...en el mismo Cristo vivo y entregado, que adoramos. Él es el que nos regala la unidad de hermanos y hermanas, la fuerza para dejarlo todo y la alegría de llevar su mensaje a los que están lejos”. (*“Nuestra Vocación y Misión”*, pgs. 165-66, por Patrick Bradley ss.cc.)

La experiencia de violencia en al vida de la Buena Madre

***“Felices los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.”***

(Mateo 5:10)

Katherine Francis Miller ss.cc.



Nacida el 11 de Agosto de 1867; Henriette Aymer de la Chevalerie conoció una vida fácil y distinguida durante su niñez. La muerte de su padre cuando ella tenía 10 años, le trajo la realidad de la Cruz a su vida de joven, pero su madre se aseguró de que Henriette disfrutara de las cosas agradables que la vida le ofrecía en lo que se refiere a la educación, moda y clase social. Con el título de Condesa de Malta y una personalidad encantadora, Henriette podría aspirar a un matrimonio con éxito y prestigio y una vida más cómoda. Pero las circunstancias cambiaron drásticamente cuando la revolución estalló en Francia.

Entre los años 1787 y 1794 cientos de personas de la nobleza y del alto clero fueron ejecutados y miles desterrados, incluyendo los dos hermanos de Henriette, Louis y Dominique. La ciudad de Poitiers, donde Henriette y su madre vivían, vio más de treinta personas guillotinas entre 1792 y 1794.

Durante este tiempo de levantamiento violento, la Señora Aymer de la Chevalerie y su hija, Henriette, se mantuvieron animosas y firmes en sus convicciones. Desafiando la ley de los revolucionarios, escondieron en su casa de la calle Haute Treilles sacerdotes que se negaron a hacer el juramento de lealtad al estado. Denunciadas por una sirvienta, las mujeres fueron arrestadas el 2 de Octubre de 1793 y llevadas a las Hospitalarias, prisión de Poitiers, hasta el 11 de Septiembre de 1794. Corrían el riesgo diario de perder sus vidas en la guillotina.

Ante la persecución violenta, Henriette pudo haber respondido, como tantas de su misma condición en la prisión, con rechazo, desaliento y un deseo de venganza. En cambio, el tiempo de Henriette en la prisión fue ocasión de un profundo cambio en su corazón. Miró seriamente a su vida y, a la luz de la gracia de Dios, experimentó un cambio radical: entregó su vida totalmente a Dios. Gabrielle de la Barre escribe en sus Memorias de la Congregación de los Sagrados Corazones: Una vez que la joven condesa hizo confesión general de su vida y recibió la comunión, nunca se desvió del camino elegido.

Tanto en sus enseñanzas como en sus acciones, Jesús nos desafía a perdonar aquéllos que nos han herido, a salir al encuentro de todos con amor compasivo:

“Habéis oído que se os dijo: Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, así seréis dignos hijos de vuestro Padre del Cielo, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre es perfecto” (Mt 5, 43-45.48). “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34)

La Buena Madre nunca usa las palabras “Padre, perdónales”, sino que su vida en prisión y fuera de ella fue un testimonio del amor perdonador que Jesús pide a todos los que quieren seguirle. En prisión, Henriette se hizo amiga de una mujer noble que abrazó la causa de la revolución. Ella había renunciado a su título de la nobleza y se había convertido en una simple “ciudadana” y ahora se encontraba en prisión, con Henriette y rechazada por las demás prisioneras. Henriette se le acercó en su desolación y abandono. Se encontraba también allí la hija del carcelero. Henriette tenía razón para considerar al carcelero como perseguidor y rechazar a su hija. En lugar de esto, pasó tiempo con la niña mostrándole su bondad y amor.

Incluso después de ser puesta en libertad, Henriette experimentó persecución de varias formas. Primero, fue rechazada por miembros de la Asociación del Sagrado Corazón que pensaron que su anterior vida mundana le incapacitaba para el grupo. La comunidad primitiva vivió en un miedo constante de ser arrestada por la policía y tenía que esconder sus actividades.

¿Cuál fue la respuesta de Henriette a todas estas formas de persecución? Aferrarse al Amor de Dios revelado en Jesús y María y llevar a cabo la voluntad de Dios. Junto con el Padre Coudrin, Henriette se dedicó enteramente a reparar los estragos que la violencia infringió en la sociedad de su tiempo. A través de la Adoración Eucarística, ella y la comunidad que fundó, contemplaban el Amor Redentor de Dios en Jesús. De esta fuente de inspiración y energía, vendría el poder de actuar en el mundo en nombre de Cristo. El predicar, la educación, el trabajo misionero surgirían de esta fuente para construir así el Reino de Dios. En la película La Pasión de Cristo hay una escena donde Jesús, en su camino al Calvario, aparece aplastado en el suelo por la cruz. Su madre María corre hacia él, sus ojos se encuentran al tiempo que él le susurra, “¡Mira, Madre, hago todas las cosas nuevas!” Es la misma visión, la misma energía la que trabaja en Henriette Aymer a través de la experiencia de persecución y violencia en su vida.

Mirándonos a nosotros hoy, nos podemos preguntar, “¿Sufro persecución por causa de la justicia?” “¿Sufrimos, como comunidad, la persecución?” Si yo/nosotros no sufrimos, ¿es porque yo/nosotros vivimos en un mundo justo? ¿O es porque nos hemos adaptado tanto al “statu quo” que yo/nosotros no podemos realmente hacer algo diferente?. Henriette se mantuvo firme contra la injusticia de su tiempo con actos de justicia. Y yo, ¿qué estoy llamada a hacer? ¿Qué estamos llamadas a hacer como comunidades y como Congregación?

Nuestro fundador en el medio de la violencia:

meditación ante su tumba

Edouard Brion ss.cc.



Querido Buen Padre, este 27 de Marzo me traslado en el pensamiento ante esta tumba, en la que hace ya 171 años que reposas. Más del doble de los 69 años de tu vida. Como la Buena Madre y otros miembros de la Congregación a tu lado, estás ligado definitivamente a otros cuerpos que te rodean en este cementerio. Si están juntos en este lugar es por estar relacionados con los “horrores de la Revolución”. Entre las numerosas víctimas que pueblan las fosas comunes al fondo del jardín, se encuentran miembros de sus familias. Han querido reposar cerca de ellos.

Los nombres de las *víctimas*, más de un millar, los tenías todos los días ante tus ojos, en los muros de la capilla de Picpus. La mayor parte eran de la gente del pueblo. Chateaubriand lo señaló ya en sus “Memorias de ultratumba”: *Contra un cura y un noble, la Convención inmoló a millares de obreros de las clases más bajas del pueblo: es algo que no debemos olvidar jamás* (IV,11,2). Tu adoración, como la de las hermanas, quería hacer perpetuamente reparación por esos crímenes.

“*Llevado de la mano*” por Dios, tu pudiste escapar de esas violencias revolucionarias, como las familias de los guillotizados que rodean tu tumba. De hecho, solamente los miembros de las familias ricas o nobles. ¿No te molesta eso? Sin ser pobre, tú no perteneces a la aristocracia. Pero estás visceralmente unido a la monarquía legítima, a los Borbones, y profundamente herido por las violencias que les golpean.

Esto se ve cuando el asesinato, el 10 de febrero de 1820, del Duque de Berry, el candidato al trono. Más grave todavía: el futuro de la monarquía estaba comprometido, porque no había un hijo sucesor. Una semana más tarde, en una circular a todos los hermanos y hermanas de la Congregación, y no solamente a los superiores y superiores como habitualmente, dabas un grito de dolor: *Cuando por nuestros votos y nuestras oraciones pedimos el retorno de nuestros Príncipes, ¿podemos creer que uno de ellos, el mismo sobre el que reposan las más preciosas esperanzas de Francia, enrojecerá con su sangre la tierra donde reinaron sus antepasados? Las doctrinas impías, que han preparado este funesto acontecimiento, nos amenazan con nuevos males. Después de un crimen así de detestable se puede esperar de todo. Sí, queridos hermanos y queridas hermanas, no nos lo podemos ocultar. Los enemigos del Altar y del Trono maquinan otros proyectos siniestros. No es bastante para ellos el asesinato de la augusta víctima que acaban de inmolar. Quieren que la familia de nuestro Rey desaparezca toda entera, que la Religión sea anulada.* (Anales, nº 23, Pág. 189). También pides oraciones por el difunto, *digno sobrino del Rey mártir*, Luis XVI, y para ablandar la cólera de Dios contra Francia. Meses más tarde, te sentirás ciertamente aliviado al saber del nacimiento póstumo de

un hijo de la víctima, el duque de Burdeos, futuro Enrique V. El futuro de la monarquía legítima parecía asegurado. Pero esta consolación durará poco. Desde Rouen compartirás las violencias y las destrucciones sufridas por Picpus durante la revolución de 1830 y verás subir al trono a un usurpador: Luis Felipe.

Algunos años más tarde te unirás en esta tumba a estos grandes, padres o aliados de las víctimas de la Revolución, como La Fayette, que comenzó el mismo esta Revolución, tal como observaba Chateaubriand; o como Mathieu de Montmorency, colega de La Fayette en la Constituyente, partidario de la abolición de la nobleza durante la Revolución, más tarde defensor de la monarquía bajo la Restauración, ministro de asuntos exteriores y sobre todo gran maestro de los “caballeros de la fe”, y uno cercano a ti por ese último título, querido Buen Padre (Lestra II, 302-303). Hoy todavía, los descendientes de estas familias continúan inhumándose en este lugar. Durante la Sesión de Picpus del año pasado pude ver desde lejos el cortejo de un almirante, enterrado justo al lado de la tumba de La Fayette.

Al terminar esta breve meditación delante de la tumba, mi pensamiento se va a la violencia que ha afectado a tu familia, nuestra familia, en el estado de Orissa, en la India. Que la paz en la justicia lleguen allí a abrirse un camino. Me acuerdo de mi último viaje a Tierra Santa, mi oración retoma el canto de Théo Mertens: *Y que la paz al fin resuene en verdad, no en sueño, y que la paz al fin resuene hasta las colinas de Judea...* Me acuerdo también de las pequeñas piedras que hemos depositado ante la tumba durante la Sesión Picpus 2007 y que se intercambiaron entre nosotros como signo de unidad y de mutua responsabilidad de unos por otros. ¡Qué sean pequeñas piedras que esperan un mundo de justicia, de paz, de no violencia y de amor! Adiós, Buen Padre, descansa en paz.

Experiencia de sufrimiento, persecución y violencia de la comunidad primitiva SS.CC.

Jeanne Cadiou ss.cc.



Cuando me pidieron que escribiera un artículo para este número de *COM-UNION* se me especificó que hiciera una “*presentación histórica y real*” y que no se trataba de mostrar cómo nuestros Hermanos y Hermanas hicieron frente a la violencia sino cómo lo vivieron en su vida diaria.

La historia de la Francia revolucionaria es muy compleja. Muestro aquí sólo algunos aspectos para tratar de reconstruir, a través de algunos flashes, el ambiente en el que vivió la comunidad primitiva, principalmente en Poitiers y en París.

Todo había comenzado bien...Por las calles de Poitiers se oía cantar:

*Por fin los días felices en Francia
Van a reanimar nuestra esperanza
Y pondrán fin a todos los males
Vivan los Estados generales. (bis)*

El carillón de las iglesias de Francia tocaba a todo vuelo. Parecía que había llegado la hora en que el peso del Antiguo Régimen y lo que había quedado del régimen feudal iba a ser barrido para dejar más lugar a la justicia. El 8 de agosto de 1788; el rey Luis XVI había convocado los Estados generales para el 1° de mayo siguiente y había invitado al pueblo francés para que le hiciera parte de sus quejas. Sin embargo, desde los primeros días de la Asamblea, el conflicto parecía inevitable entre los elegidos de la nobleza y del clero- órdenes privilegiadas - y los del Tercer Estado. Las pasiones se exaltaron rápidamente, la revuelta se hacía oír en París y se tomó la Bastilla. En la capital se elevaron barricadas, se cavaron trincheras. Pronto el rey, que en un tiempo había rechazado utilizar la fuerza contra la Asamblea, se muestra poco entusiasmado cuando Bailly, alcalde de París lo condecora con la insignia tricolor, símbolo de “*la augusta y eterna alianza entre la monarquía y el pueblo*”.

La revuelta se extiende por los pueblos y la campaña. Las oficinas de la aduana son saqueadas, las barreras incendiadas, los transportes vigilados, las carrozas registradas. A fines de julio de 1789 se da la alarma de campanario en campanario y el Gran Terror se apodera de los pueblos más lejanos y por universal inclinación se cae en la exageración de las noticias siniestras en tiempos de calamidad.

Durante los meses y años que siguieron, la Asamblea Constituyente trata de reconstruir Francia a través de una cierta racionalización de las instituciones: la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, la *Constitución civil del clero*, una de-centralización administrativa y algunas reformas.

La huida del rey el 21 de junio de 1791, fue un hecho decisivo y confirmaba la oposición irreconciliable de la realeza y de la nación revolucionaria en que se había transformado Francia. Se iba hacia el caos. Declaración de guerra a Austria (20 de abril de 1792), reveses militares resonantes, temor e incapacidad de los dirigentes para lograr que se suspenda al rey y convocar una Convención encargada de elaborar una nueva Constitución. Tiempos de cambio, tiempos de inseguridad e inestabilidad. Algunos historiadores hablan de caos.

En este ambiente pesado y casi hostil a todo lo referente a la Iglesia, crecieron todos los miembros de la futura comunidad primitiva de la Congregación de los Sagrados Corazones. ¿Cómo no estar marcado para siempre en lo mejor y lo peor por estos hechos de violencia, de odio y persecución?

Más de un hermano, de una hermana, de origen aristocrático o no, vieron a miembros de su familia emigrar, ser perseguidos, desposeídos de sus bienes, confiscados, y a amigos y conocidos detenidos y puestos en prisión, escarnecidos. Personas y fortunas estaban permanentemente en peligro. Cuántos de entre ellos no fueron golpeados por noticias como esos *“recelosos curas fanáticos”*. Una de las arrestadas fue la Hermana Ave, responsable del hospital de los Incurables en Poitiers expuesta como culpable en público por dos veces.

Suspensión de votos religiosos(2 de noviembre de 1789), prohibición de hábitos religiosos (6de abril de 1792), cierre de todos los conventos de mujeres (1° de octubre de 1792) y leyes similares hicieron daño a la vez que subordinaban la Iglesia al Estado.

En esta época de la historia de Francia, el odio provocaba perjuicios y rechazo pero en cierto modo parecía triunfar. Cuántas páginas y páginas manchadas de sangre se escribieron. Fue una época de *“oscuridad”* en Coussay-les-Bois y en el granero de La Motte d’Usseau... *“De oscuridad”* en Saint Georges-de Noisné... *“De oscuridad”* en la prisión de las Hospitalarias en Poitiers... *“De oscuridad”* en Montbernage y en la *“Grand’Maison”*... Sobre las rutas de Francia, en ciudades y campos había oscuridad también...Y la oscuridad se prolongará en Mende, en Cahors, en París. También era noche oscura en la Plaza del Trono de París, especialmente alrededor de las repletas fosas comunes en el fondo de la propiedad de las Agustinas comprada en 1796 por unos tales Jemtel et Cordival. En ese contexto de oscuridad, de persecución trágica y de violencia particularmente inhumana, nacía la Congregación de los Sagrados Corazones.

El ajeteo de la instalación de la pequeña comunidad en la calle de Hautes-Treilles en Poitiers, obligó estar al acecho. *“Durante algún tiempo se temía las visitas nocturnas de los impíos y se temía el ser sorprendidos. Para evitar ese peligro, sobre todo cuando había fuertes razones para temer (lo que sucedía con frecuencia), la Venerable Madre, después de permanecer tres o cuatro horas ante el Santísimo, pasaba el resto de la noche en el granero cuya buhardilla daba a la calle para ver si venían los agentes de la policía. Allí hacía de centinela mientras la pequeña comunidad dormía o rezaba .También velaba con gran atención para asegurarse de que los gendarmes no rondaran alrededor de la casa para tratar de sorprenderlas.”* (Hilarion Lucas *“La Buena Madre -su vida-p.28)* Noches blancas de angustia y de oración. La sospecha era la moneda de cada día. Se denunciaba sin pudor Incluso si se vivía bajo la protección de los guardias podía ser sorprendido. Cuenta Hilarion, que *“a comienzos de 1798, los revolucionarios vinieron para una pesquisa. La madre Enriqueta se salvó saltando los muros con algunas Hermanas. Los agentes del gobierno interrogaron al jardinero de la casa. El buen hombre confesó simplemente que la Misa se había celebrado en la casa y que él*

había ayudado. La señorita Lussa de la Garélie, que por prudencia figuraba como ama de la casa, fue arrestada y conducida a prisión. (Hilarion Lucas "La Buena Madre-su vida-p.29)

Qué paradoja y qué sacrificio debió de ser para la comunidad naciente que se quería "adoradora" no tener *"siempre la Misa en la casa porque la persecución continuaba"* (Testimonio de la Hermana Geneviève Pigeau citada en "La Buena Madre-su vida de Hilarion Lucas, p.36).

Ese era el ambiente general. Un principio fundamental y realmente revolucionario de la iglesia nacida de la Constitución civil del clero era la elección de los sacerdotes por parte de los ciudadanos. Por esta razón, el Padre Coudrin debió huir del pueblo de Coussay-les-Bois el 8 de abril de 1792 después de la gran misa del día de Pascua, para ponerse a resguardo y vivir en su oscuro escondite de La Motte d'Usseau, desde el mes de mayo a octubre de 1792. Además desde 1790 se había decidido refundir las parroquias de tal manera que en Poitiers las veinticuatro parroquias se fundieron en seis, lo que significaba el cierre de numerosas iglesias. *"Hemos dado un buen golpe a los fanáticos y devotos de Poitiers al cerrar las iglesias"* Suzanne Geoffroy alude a este hecho en su relato sobre el nacimiento de la Asociación del Sagrado Corazón, grupo piadoso que se reunía en la clandestinidad. Y además, como consecuencia del decreto del 26 de agosto de 1792 que daba quince días de plazo a los sacerdotes refractarios para abandonar Francia, muchos habían tomado ya el camino del exilio.

El período del Terror desde el 2 de junio de 1793 al 27 de julio de 1794, concentró las pasiones y los odios. Algunos hombres se destacaron por sus posiciones extremistas imponiéndose a menudo de manera brutal para depurar y desenmascarar. Fue el apogeo de la persecución a los sacerdotes para quienes la deportación a los pontones de la Rochelle significaba para muchos una muerte lenta y para todos, un suplicio indigno. A los eclesiásticos enfermos y ancianos los hacinaban en colegios y conventos improvisados para servir de prisión.

En 1797, el golpe no estaba totalmente mitigado y se asiste aún a algunos actos terroristas en Poitiers. El paisaje eclesial había cambiado totalmente: más de doscientas casas y edificios conventuales fueron puestos a remate y vendidos como bienes del estado. Y qué paradoja la apertura de un nuevo convento en la calle Hautes-Treilles... cuando en las calles de Poitiers se veía todavía a sacerdotes arrestados y encadenados, vergonzosamente cacheados antes de ser deportados...La Gran'Maison no era un lugar seguro, por ello la Buena Madre con la ayuda de un carpintero se ingenió para construir trampas y escondites donde se podía desaparecer a la menor alerta. Había también el salón dispuesto y preparado para celebrar las misas. Agustín Coudrin, sobrino del Fundador cuenta en su Diario: *"El tabernáculo no era visible: dando un suave golpe sobre un pilar, se abría por la derecha un panel de madera y en su interior se veía el tabernáculo."* En el monasterio nada de lugares reservados ni claustros. Sentadas en las sillas del salón transformable y transformado, las Hermanas eran a la vez fervientes adoradoras y finas bordadoras.

No sorprende entonces leer en la circular del Buen Padre al anunciar la aprobación de las primeras Constituciones: *"Nuestro Instituto comenzó en tiempos en que la sangre de los servidores de Dios corría sobre el cadalso. Nosotros hemos estado protegidos durante los catorce años de gobierno de opresión y ayudados por un favor del Cielo hemos podido evitar*

que una policía astuta y pérfida supiera sobre nuestro Instituto y sobre todo la relación entre nuestros diversos establecimientos”.

¿Puro azar o providencia? Es en una tierra de hecatombe, donde precisamente el grano, germinado en el Poitou, fue sembrado en París, después del Concordato de 1802, en el suelo de Picpus. Ni los Fundadores ni los primeros Hermanos y Hermanas, parisinos de adopción nunca mencionaron el sitio donde se había vertido tanta sangre, humillado a tantas familias, desposeído a tantos cuerpos. Pero el espíritu de reparación reinaba, la oración fluía abundante...La llama de la revuelta no estaba totalmente apagada y es fácil imaginar que la presencia de fosas comunes *“en el fondo del jardín”* no era totalmente desconocida.

Durante la era napoleónica, la sospecha reinaba por todos lados; se renovaron las persecuciones contra los establecimientos religiosos. El P. Hilarion Lucas cuenta diferentes hechos en sus Memorias.

Des el 10 de mayo de 1805, algunas semanas después de la llegada de las Hermanas a Picpus, un primer agente se acercó hasta el convento y observó: *“un terreno renovado para cultivo, con muchas plantaciones. En el medio...del edificio principal...existe un pequeño oratorio con una inscripción latina sobre el frontispicio...Todos los días se dicen allí una o dos misa; dos o tres los domingos”.*

Es así que *“en octubre de 1808, el alcalde de Sées (fundación de 1807) denunció las dos casas que teníamos en esa ciudad como perteneciente a una corporación religiosa cuyos jefes residen en París.”* En este pequeño pueblo de provincia, las Hermanas debían dispersarse entre los fieles en la misa de la catedral.

En 1812, la casa de los Hermanos de París fue denunciada al Consejo de Estado como una peligrosa reunión que convenía disolver.

En ese mismo año la Universidad, fundada por Bonaparte, quería manejar también toda la educación. El rector de la Academia de Cahors presionaba sobre el Director de la escuela para forzarlo a enviar a sus alumnos a seguir los cursos del Liceo.

En Mende, el Prefecto se empeñaba en querer someter la casa de las Hermanas a la Inspección de algunas damas nombradas por él y con derecho a examinar el pensionado, visitar los dormitorios y hasta la cocina.

Los años que siguieron la caída de Napoleón no fueron en absoluto más tranquilos. En Cahors, donde las Hermanas se habían instalado en el antiguo convento de los Mirepoises, el comandante de la guardia nacional quería obligar a la hermana Francisca de Viart, Superiora de la casa, a izar la bandera tricolor. En febrero de 1831, la casa de Picpus fue devastada, algunos Hermanos conducidos al puesto de la guardia nacional en la periferia de San Antonio, y otros alcanzaron a huir. Los soldados de la guardia permanecieron en la casa durante treinta y seis horas. Hilarión insiste: *“durante ese tiempo se permitieron los despropósitos más impíos y los más infames.”*

Persecuciones y violencia engendraron muchos sufrimientos en la Francia de nuestros orígenes. ¿Hasta qué punto la mayoría de nuestros Hermanos y Hermanas han sido testigos oculares? Difícil saberlo. Las informaciones no circulaban como en nuestros días...

Valientemente enfrentaron posibles desastres naturales

Mary Dolorine Pires ss.cc.



Podemos asumir que cuando escuchamos la palabra "violencia" nos inclinamos a relacionarla primeramente con fuerzas que causan daño físico a seres humanos como son guerra, terrorismo y maltrato de cualquier índole. Sin embargo la violencia también puede ser experimentada por causa de fuerzas naturales tal como son terremotos, huracanes, inundaciones, naufragios, etc.

En este último sentido podemos unir la trágica pérdida del barco misionero *Marie Joseph* al tema de la violencia. Aunque algunos detalles acerca del desastre se mantienen desconocidos, la mayoría de nosotros conocemos la historia de cómo un grupo de religiosas y religiosos de los Sagrados Corazones se embarcaron en un peligroso viaje por mar a las distantes islas Sándwich ubicadas en el vasto Océano Pacífico.

Cuando el barco salió del puerto San Malo en Francia el 15 de diciembre de 1842, ese grupo de pioneros y pioneras serían muy conscientes de las muchas incomodidades que sentirían a bordo del barco durante el viaje que duraría varios meses: amontonados, incómodos compartiendo poco espacio; mala comida, mareos, náusea y añorando su país. También sabrían que el viaje en sí mismo podría ser un problema ya que la navegación en aquel entonces no había avanzado suficientemente como para poder sobrellevar más fácilmente las tormentas. Noticias de naufragios y de barcos que no regresaban habrían sido también de su conocimiento. Así como algunos de entre ellos no serían ignorantes del peligro que suponía pasar por el Cabo de Hornos. Después de todo, en 1834, el Obispo Rouchouze había hecho el viaje desde Francia hasta las bases de las misiones en el Pacífico del Sur. Más aún, acababa de regresar a Francia de la misión en Honolulu, y muy recientemente había experimentado las dificultades y amenazas que un viaje como éste implicaba.

Así que, debe haber sido con una indomable valentía y un celo misionero admirable como el grupo de misioneras y misioneros pioneros se embarcó en esa peligrosa jornada. No existía en ese entonces el Canal de Panamá y los responsables de planear el viaje estaban bien enterados de los peligros con los que se iban a enfrentar al navegar a través del Estrecho de Magallanes, particularmente en invierno. Esto explica su decisión de iniciar el viaje a mediados de diciembre, cuando sería invierno en el Hemisferio Norte pero sería verano en el Hemisferio Sur.

¡Qué diferente es viajar ahora, comparado con la manera de viajar de hace unos ciento sesenta años! Ahora podemos hacer largos vuelos internacionales en unas pocas horas, sentados con relativa comodidad, se sirven varios alimentos, y se nos entretiene durante el viaje. En algunos casos, hasta podemos ponernos en contacto con nuestra familia y nuestras amistades por teléfono o por computadora. Claro que siempre hay cierto riesgo cuando uno toma cualquier vuelo, pero tenemos la seguridad de una tecnología más avanzada

y una comunicación electrónica instantánea. La información sobre las condiciones climatológicas peligrosas puede ser dada inmediatamente y también es posible el control con radar.

Eso no era posible en 1842. Se puede entender la dificultad para nosotros en el 2008 de imaginar la cantidad de preparación que se necesitaba para un viaje tan largo. Consideremos solamente el asunto de la comida. Había que llevar provisiones para meses en el mar y con muy pocas posibles paradas durante el viaje. Se necesitaría un horno enorme no solo para hacer pan y cocinar la comida con las pocas cosas secas que tenían disponibles, sino también para destilar agua de mar. Sabemos que cajas grandes de madera servían de corral para los animales de granja como son: un chivo, un cerdo gordo, conejos, palomas, y sesenta y tres gallinas.

Sin preocuparse por el posible peligro, el grupo de pioneros se embarcó en su viaje misionero. El mismo Obispo Rouchouze en particular, debe haber iniciado ese viaje con grandes esperanzas y alegría. Había obtenido lo que había ido a buscar a Europa para su joven misión en el Pacífico del Sur y en las Islas Sándwich: un barco que hiciera la comunicación entre esas misiones y Europa más fácil, así como entre Honolulu y las misiones más al sur en Oceanía Oriental; seis sacerdotes; un subdiácono; siete hermanos (entre ellos, dos de la misma familia Coulanges); y las primeras diez hermanas de los Sagrados Corazones. Un joven nativo también regresaba con él.

A bordo había provisiones de todo tipo para cubrir diversas necesidades: para la liturgia y devociones generales (recipientes sagrados, vestimentas, misales, fuentes para agua bendita y bautismales, estatuas, etc.,) también materiales para educación, especialmente libros de texto.

A pesar de los mareos, la náusea y las tormentas que casi les llevan hacia el norte cerca de las costas de Irlanda, el barco continuaba constante hacia el sur. Después de casi un mes de viaje pudieron hacer escala en Sao Thiago, la isla principal de las islas de Cabo Verde. Frutas y verduras frescas fueron bienvenidas adiciones a su dieta y se llevaron nuevas provisiones la bordo.

Mientras continuaba la jornada, el calor aumentaba y eso anunciaba que el barco se acercaba al Ecuador. Durante esa parte del viaje sucedió una tragedia, cuando repentinamente muere la hermana Caliste Le Gris un mes antes de cumplir 25 años. No queriendo echar el cuerpo al mar, el Capitán aceptó que el barco fuera hacia la isla de Santa Catarina, cerca de la costa de Brasil. La hermana Caliste fue sepultada en Florianópolis el 23 de enero de 1843. El joven nativo quien había muerto mientras el barco estaba en el puerto, también fue sepultado en la isla. Hasta hace poco, no se sabía la fecha exacta en que el Marie Joseph salió de Brasil hacia el sur, pero el reciente descubrimiento del diario del Padre Saturnino, ss.cc. (Río de Janeiro, 1843), especifica el día 19 de febrero como la fecha de partida.

Una vez que el barco sale de nuevo, no se vuelve a saber nada de él. Aunque hubo búsquedas de parte de los gobiernos de Francia y de Chile, su desaparición continúa siendo un misterio. Se hicieron algunas conjeturas, pero ningún hecho pudo ser verificado. Por ejemplo, circuló un informe de una nave que había sido vista unas millas al sur de Cabo de Hornos pero no fue posible identificarla. El 6 de marzo de 1843, otro informe decía

que un barco había sido visto muy lejos hacia el sur; que estaba rodeado por aproximadamente veinte icebergs que el mástil se encontraba vencido y encima tenía una cruz, que había sido despojado de sus velas que permanecían colgadas como señales de aflicción. Si este era el Marie Joseph, nos podemos imaginar la muerte lenta a causa del hambre y las gélidas temperaturas que todos tuvieron que soportar.

Supongamos que ese barco no era el de los misioneros, o que hubieran podido liberarse de los icebergs que los aprisionaban, ¿entonces qué? Han llegado algunos rumores que mencionan a algunos extranjeros que llegaron a las playas de diferentes islas del Pacífico solamente para ser matados por nativos poco amigables o con miedo. (Más detalles acerca de estos rumores pueden ser encontrados en el folleto llamado *Cubierto en Misterio*, publicado por las hermanas de la Provincia del Pacífico en el año 2000 para conmemorar el doscientos aniversario de la fundación de la Congregación de los Sagrados Corazones.)

Así pues, podemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Cómo fue que un desastre natural en el mar acabó con la vida de los heroicos primeros misioneros y misioneras de los Sagrados Corazones? Realmente nadie en el mundo lo sabe. Esa información nos espera en el cielo. El registro de puerto en San Malo de donde el barco salió dice simplemente "*Marie Joseph numero 679, Capitán O'Sullivan. Ausente y sin noticias. Se supone perdido con pasajeros y cargamento.*"

No obstante, un hecho del que podemos estar seguros es que: los veinticinco religiosas y religiosas de los Sagrados Corazones que se embarcaron en el desventurado barco fueron movidos por la fuerza del celo misionero. Sacrificando su amor por la familia y la patria, (los misioneros por lo regular no regresaban a casa en esos tiempos) enfrentaron los peligros inherentes a un largo viaje por mar para servir en tierras lejanas. Vencieron el miedo natural que se tiene a las tormentas marinas que pueden causar daños o destrozar un pequeño barco golpeado por traicioneras y violentas olas. Con el mismo fuego del celo que caracterizaba al fundador (del mismo nombre que el barco ostentaba), estaban ansiosos de llevar el amor de los Sagrados Corazones tal como en la visión que tuvo el Padre Coudrin en el granero de la Motte d'Usseau. Su deseo era contemplar y vivir el amor de esos Corazones, y proclamarlo en esas islas distantes del Océano Pacífico. El heroísmo de su sacrificio personal no es un misterio para los religiosos y religiosas de los Sagrados Corazones de hoy. Continúa vivo y sigue inspirándonos.

¡Persecución Religiosa en el Paraíso!

Mary Dolorine Pires ss.cc.



Las Islas Hawaianas son frecuentemente llamadas "El Paraíso del Pacífico," y a su gente de muchas razas se les menciona frecuentemente como ejemplos de armonía racial. Por lo tanto uno difícilmente esperaría leer sobre intolerancia religiosa en islas como ellas. Sin embargo, cuando los pioneros misioneros Católicos de los Sagrados Corazones trataron de establecer el Catolicismo en 1827, se les opusieron violentamente. Los misioneros fueron constantemente acosados y muchos de los nativos que se habían convertido fueron encarcelados siendo sujetos a trabajos forzados y maltratos.

Las Islas Sándwich, (como se llamaba en aquel entonces Hawai) eran un Reino Hawaiano, regido por monarcas y poderosos jefes. En 1820, miembros de la Iglesia Congregacional Protestante habían llegado y empezaron a evangelizar. Rápidamente se aliaron con los líderes nativos, quienes ya habían sido fuertemente influenciados por los británicos y ahora daban la bienvenida a los americanos. Las rivalidades políticas de los europeos eran ya fuertes en las islas y, así mismo, se daban problemas por la influencia de los ministros protestantes.

Cuando los misioneros católicos franceses llegaron, estas rivalidades llevaron a una fuerte oposición hacia ellos así como contra la religión Católica Romana que ellos profesaban. Aunque el Vicario Apostólico Alexis Bachelot, líder de los misioneros de los Sagrados Corazones no fue sujeto a maltrato o encarcelamiento, sí fue constantemente acosado y forzado al exilio el 24 de diciembre de 1831. Él y el Padre Short de habla inglesa fueron desterrados a California, donde permanecieron hasta el año de 1837— el Padre Short ocupándose de educación, y el Padre Bachelot convirtiéndose en el primer sacerdote residente del pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles, ahora conocida como la importante ciudad de Los Ángeles. Cuando trataron de regresar a las islas el 28 de marzo de 1837, nuevamente encontraron una fuerte oposición de parte de la monarquía hawaiana y especialmente de los ministros Protestantes. El Padre Short salió hacia Chile, y el Padre Bachelot hizo planes para ir hacia las misiones de los Sagrados Corazones en el Pacífico del Sur, pero murió durante la travesía el 5 de diciembre de 1837.

El Padre Armand, uno de los tres primeros sacerdotes misioneros pioneros, y los Hermanos Boisier y Portal, quienes también habían estado en el primer grupo de misioneros, ya habían regresado a Francia. Los conversos eran apoyados en su fe por el Hermano Melchior Bondu a quien, a pesar de la oposición de los líderes protestantes, le fue permitido quedarse porque los jefes sabían que no era clérigo y también le admiraban porque se mantenía él mismo, trabajando como un diestro carpintero. La lealtad y el valor de los nativos conversos, durante la persecución religiosa, es un testimonio glorioso de su fe. Este período de oposición al catolicismo en Hawai, ha sido bien documentado, especialmente en un libro más o menos reciente.

Realmente, la persecución comenzó cuando el Padre Bachelot y el Padre Short estaban todavía en las islas y podían darles valor a los nuevos conversos nativos para que se mantuvieran firmes en su lealtad a Jesús y al catolicismo. Los primeros misioneros SS.CC. sentían intensamente la ironía de su situación. ¡El acoso y la persecución a sus conversos era instigada por otros cristianos quienes habían venido a las islas a predicar el Evangelio y la paz! La intolerancia religiosa de los protestantes comparaba al catolicismo con la adoración de ídolos puesto que para ellos la veneración de imágenes era idolatría. A los recién bautizados se les decía que ya no estaban adorando al único y verdadero Dios, y que este error merecía castigo.

Por lo tanto, cualquier cosa que favoreciera a la nueva y falsa fe católica no se podía perdonar. Unirse a los católicos para hacer oración estaba prohibido. Rechazar la asistencia a las clases y a los servicios religiosos de los protestantes era ilegal. No ayudar a la construcción de una iglesia protestante, no aceptar el destruir una capilla católica, no guardar el domingo en la forma más estricta ordenada por los protestantes eran todas ofensas punibles con encarcelamiento y trabajos forzados o trabajos denigrantes. Por ejemplo, un fanático profesor protestante una vez llevó ante el juez a un grupo de jóvenes que no habían guardado el domingo porque habían ido ese día por un rato a ver un barco francés que estaba llegando al puerto y atracaba en el muelle.

El encarcelamiento era el castigo más común y podía durar varios meses. Enojada con la desobediencia de los conversos, la Reina Kaahumanu decide que aparte de la sentencia, también les aumentaría el castigo con trabajo forzado y denigrante. Paredes de piedra que construir, piedras que cortar para ser llevadas a los lugares donde estaba la construcción, la suciedad y excremento que era recogido públicamente y llevado para vaciarlo en el mar eran trabajos que tenían que realizar mientras los espectadores los ridiculizaban y se burlaban de ellos.

Ha quedado testimonio escrito con los nombres de los hombres y mujeres perseguidos y nos han llegado relatos de su admirable valor. Sabemos por ejemplo del ciego Kikimi, quien aun así fue sentenciado a cortar y cargar piedras. Su madre Uheke, localizaba las piedras y juntos las sacaban y las llevaban hasta el lugar del trabajo. Leemos de Luika, quien desafió la ley cuando en agosto de 1829, el gobernador hizo una promulgación prohibiendo a los hawaianos asistir a los servicios católicos. Cuando una mañana le preguntaron a donde iba tan rápido, ella contestó, "¡a la iglesia católica!" Después, cuando comenzó una nueva ola de persecución, la colocaron en una pequeña barca y la abandonaron en el mar. Dios la protegía pues llegó a Maui y de ahí le fue posible regresar a Honolulu, donde se hizo catequista y fue el apoyo de otros conversos. También hay otra patética historia de una joven de veintiún años de edad llamada Alokia, quien siendo ya viuda fue arrestada a principios de 1831.

Al estar amamantando a su bebé de pocas semanas, la policía irrumpió en su choza llevándose a la cárcel tanto a la mamá como al bebé, y ahí la encadenaron de pies y manos. Le negaron comida por cuatro días y después fue condenada a labores forzadas. El resultado de este maltrato la llevó a la muerte, y fue el mismo Padre Bachelot quien rápidamente fue a la prisión y le administró la extremaunción. Su bebé fue adoptado por una familia católica.

También los hombres eran perseguidos. Dos ejemplos son Akeroniko Keawahine y Kimeone Paele. Vacilando entre su lealtad al rey, quien se oponía al catolicismo, y la lealtad a

su nueva fe, Akeroniko cedió a la tentación y declaró que ya no era católico. Después, arrepentido de su apostasía, se impuso el sacrificio de no hablar por todo un año excepto cuando oraba y cuando instruía a otros en la fe. Cuando se enfrentó a un ultimátum de ir a los servicios protestantes o a la cárcel, eligió la cárcel. Amarrado con cadenas, sufrió hambre hasta que fue puesto en libertad. Kimeoneo fue hecho prisionero el 29 de diciembre de 1835, mientras instruía a cinco catecúmenos en su casa. Como él era el líder, le daban menos comida y más trabajo que a los otros, fue forzado a dormir en el piso de tierra en lugar de la estera de lauhala como era la costumbre, y también era frecuentemente azotado. Su esposa Mariana fue hecha prisionera seis días después de que los líderes protestantes visitaran la prisión, pero no pudieron remover la fe de ninguno de los conversos. Ella también fue sentenciada a labores forzadas y denigrantes. Cuando Kimeoneo fue puesto en libertad, continuó su misión de catequista hasta su muerte el 2 de diciembre de 1839.

Algunos escritores dicen que aún después de que la libertad religiosa fue otorgada en la fiesta de nuestra Señora de la Paz en 1839, el acoso continuó hasta más o menos 1850, tal vez de una manera menos pública o severa.

Hoy en el cielo, estos nobles conversos deben regocijarse sabiendo que una completa libertad religiosa bendice las islas hawaianas y que el catolicismo ha triunfado. Hoy la Diócesis de Honolulu representa la denominación cristiana más grande en el paraíso del Pacífico.

Los «Mártires de Picpus»¹

Volviendo sobre una historia dolorosa

Eric Hernout ss.cc.



En Picpus no estamos lejos de los lugares en los cuales se jugó el destino de cuatro hermanos de la Congregación, en el barrio de Belleville, en el Este de París, en el Distrito 20º; un poco al norte de la parroquia San Gabriel, donde reposan desde 1959.

Con ocasión de la Sesión «Picpus 2007», Friedhelm Geller presentaba de modo muy apropiado este barrio: es un barrio popular, como el de Ménilmontant. Son las tierras de la cantante Edith Piaf (1915-1963), recordada en el film «La môme» («La muchacha», Olivier Dahan, 2007), que en varios lugares ha sido presentado con el título «La vie en rose». La vida de la Piaf en modo alguno fue «rose» («fácil»).

Una de sus más famosas canciones es: «*Non, rien de rien, non je ne regrette rien*» («No, nada de nada, yo no me lamento de nada»). Ese podría haber sido el lema de nuestros cuatro Hermanos que fueron masacrados en la calle Haxo, en el barrio de Belleville, el 26 de mayo de 1871.

Ellos no se lamentaron de haber elegido el camino de la vida picpuciana. Testigos de su fe y de la Iglesia, fueron literalmente aplastados.

Antes de recordar los últimos días de nuestros hermanos, es necesario situar brevemente el contexto histórico.²

Breve recuerdo histórico

El Segundo Imperio había transformado París: modernización de la capital, nuevo diseño para la ciudad con Haussmann, desarrollo del equipamiento de servicios públicos. Pero los barrios populares fueron olvidados por esa modernización. En aquel momento París tenía 1.850.000 habitantes. Las condiciones de vida de los obreros eran precarias, y la miseria muy extendida. Un movimiento obrero comenzaba a organizarse. París comenzaba a agitarse... Durante la primavera de 1869 hubo trastornos revolucionarios. Napoleón III intentaba ganar nuevamente popularidad.

En el plano internacional, a Francia le inquietaba el poderío adquirido por Prusia, como resultado de la victoria sobre Austria-Hungría en 1866, y la voluntad de Bismarck de unificar

¹ Por Eric Hernout, ss.cc., nota realizada a partir de diversas fuentes, tales como Horizons Blancs para los grabados, los Annales, los libros del Padre Mouly, del Hno. Marin Fouquet, de Cor Rademaker, el folleto «Bref historique sur l'Église de Notre-Dame des Otages» y «La Commune de Paris», Fayard 1986.

² Cf. Intervención de Friedhelm Geller, ss.cc. en la Sesión Picpus 2007.

Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Por ello, Francia declaró la guerra a Prusia el 19 de julio de 1870. ¡Pero rápidamente llegó la debacle! El 7 de agosto París está sitiado. Mac-Mahon fue obligado a capitular en Sedan el 2 de septiembre, lugar en el cual Napoleón III fue hecho prisionero junto a 100.000 hombres. A esta capitulación siguió la proclamación de la Tercera República en París, Lyon y Marsella, el 4 de septiembre. Contemporáneamente París estaba siendo sitiada por 180.000 prusianos. El sitio provocó la muerte de más de 10.000 parisinos y duró hasta el 29 de enero de 1871. París capituló el 28 de enero, firmó un armisticio y los acuerdos preliminares de paz en Versalles, el 26 de febrero. Los alemanes desfilaron desde la plaza de L'Étoile a la plaza de La Concordia. Picpus acogió más de 800 militares. Pero los republicanos radicales y los socialistas parisinos querían continuar la guerra.

En este contexto histórico se desarrolla la «Comuna de París». Thiers, jefe del gobierno, decidió desarmar París y recuperar los 227 cañones que la guardia nacional había reagrupado en Belleville y Montmartre. El ejército regular no logró hacerse con los cañones de Montmartre. Y la causa: el ejército confraternizaba con la multitud y con la guardia nacional. Entonces, el 18 de marzo, comenzó la insurrección de París. Tras la ejecución de dos generales que apoyaban la Comuna, Thiers ordenó la evacuación hacia Versalles a fin de evitar ser entrampado por los rebeldes. Del 26 de marzo al 29 de mayo 1871 se estableció en París un gobierno revolucionario, que rechazaba la capitulación de Francia y se oponía a las tropas gubernamentales de Adolphe Thiers. El 25 de marzo la «Comuna» promulgó la prohibición de celebrar Misa en las Prisiones de París, además de la separación de Iglesia y Estado. También promulgó un «Decreto de los Rehenes», en la noche del 6 de abril, redactado por Protot:

«La Comuna de Paris,

Considerando que el gobierno de Versalles abiertamente desprecia tanto los derechos humanos como los de guerra; que se ha hecho culpable de horrores con los cuales ni siquiera los invasores del territorio francés se han manchado a sí mismos;

Considerando que los representantes de la Comuna de Paris tienen el deber imperioso de defender el honor y la vida de dos millones de habitantes que han puesto en sus manos el cuidado de sus destinos; que es necesario tomar todas las medidas que la situación exige;

Considerando que los políticos y los magistrados de la ciudad deben conciliar el bien común con el respeto por las libertades públicas;

Decreta:

Art. 1º Toda persona sospechosa de complicidad con el gobierno de Versalles será inmediatamente sometida a proceso y encarcelada.

Art. 2º Se constituirá un tribunal penal antes de veinticuatro horas para conocer los crímenes que le sean presentados.

Art. 3º El tribunal resolverá en cuarenta y ocho horas.

Art. 4º Todos los acusados considerados culpables por sentencia del tribunal serán rehenes del pueblo de París.

Art. 5º Toda ejecución de un prisionero de guerra o de un partidario del gobierno regular de la Comuna de París será, de inmediato, respondido con la ejecución del triple de rehenes detenidos en virtud del artículo 4º, que serán designados al azar.

Art. 6º Todo prisionero de guerra será conducido ante el tribunal penal, que decidirá si será inmediatamente puesto en libertad o retenido como rehén.

Las tropas de Versalles organizadas por Mac-Mahon entraron, el 21 de mayo de 1871, en un París erizado de barricadas. Comenzó entonces la «semana sangrienta» del 21 al 28 de mayo.

Del 23 al 26 de mayo hubo incendios provocados por los Comuneros, pero también la masacre de 700 de esos Comuneros (llamados «Federados») en el Panthéon, el 24 de mayo. Después de una serie de masacres, de una y otra parte, el 26 de mayo será la masacre de los Rehenes de la calle Haxo, respondido al día siguiente por aquella de 200 «Federados» en el cementerio Père Lachaise. En total, más de quince mil Comuneros fueron masacrados por «los de Versalles» entre el 22 de mayo y el 15 de junio, y otros 4.000 deportados en Nueva Caledonia.

La «Comuna de París» y Picpus

El miércoles de Pascua, 12 de abril, dos grupos de Federados ingresaron casi simultáneamente en las dos casas de la Congregación de calle Picpus, la de los hermanos en el nº 33 y la de las hermanas en el nº 35. El Superior General, Marcellin Bousquet, estaba ausente. Doce padres y un hermano son conducidos a prisión en la cárcel de la Conciergerie. Los Comuneros se llevaron a quienes vestían sotana.

Ese mismo día, en el sector de las hermanas, la casa fue registrada. El tabernáculo fue forzado, y las santas especies profanadas. La mitad de los Comuneros se instaló a vivir en el convento. Las hermanas perdieron la posibilidad de vida privada. Los Comuneros decían haber encontrado en el convento osamentas humanas e instrumentos de tortura. También, según ellos, habrían descubierto a mujeres jóvenes en celdas enrejadas. Los periódicos publicaron artículos sobre los misterios de Picpus. Los curiosos querían ver las camas enrejadas que estimulaban la imaginación. La habitación de la superiora general fue registrada de arriba abajo. Se llevaron una buena cantidad de documentos.

El 5 de mayo se arrestó a numerosas hermanas (Cf. Decreto de los Rehenes). Las «Damas Blancas» de Picpus son condenadas a penas de prisión. Setenta y cuatro hermanas y diez novicias son transferidas a la prisión Saint-Lazare, con la Superiora General, Madre Benjamine Le Blais. El 24 de mayo, las tropas gubernamentales tomaron el control de la prisión. Pero solamente el 29 de mayo las hermanas volvieron a Picpus. Las diez novicias hicieron profesión el día de la fiesta del Sagrado Corazón.

El noviciado de los Padres en Issy también debió resistir duros golpes. La casa había sido dañada por un obús durante el sitio de los alemanes. Y cuando los Comuneros tomaron el poder algunos miembros de la comunidad fueron conducidos a la prisión de Prévoté. El 18 de mayo, los Padres que estaban en prisión fueron liberados por las tropas gubernamentales, escapando así de la muerte.

Volviendo a la historia de nuestros padres prisioneros

El 12 de abril de 1871, después del allanamiento de Picpus, 12 padres y un hermano sacristán fueron conducidos a La Conciergerie; entre ellos, los cuatro Consejeros del Superior General: Ladislas Radigue, Prior de la Casa Madre, Polycarpe Tuffier, Ecónomo General, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu, Consejeros Generales. El 17 de abril fueron transferidos a la prisión de Mazas, al tiempo que era detenido el Hno. Stanislas Beunat. Será liberado porque su mandato de orden de prisión no estaba en regla. Otra liberación tuvo lugar el 25 de abril, la del P. Séverin, de nacionalidad alemana, gracias al embajador de Estados Unidos. El P. Lafaye es enviado a La Pitié, por intervención de su sobrino, colaborador de Rigault.

Ante el acercamiento de las tropas de Versalles, el 22 de mayo de 1871, los Rehenes de Mazas son transferidos a la prisión de La Roquette, en las cercanías del cementerio Père Lachaise. Al día siguiente, más de 300 Federados son masacrados en la Madeleine. La respuesta no se hizo esperar, y los Comuneros masacraron, el 24 de mayo, a 6 rehenes, entre los cuales Monseñor d'Arboy. Al día siguiente, 700 Federados cayeron en el Panthéon y cinco Dominicos de Arcueil fueron masacrados.

El 26 de mayo, el ejército gubernamental está a 300 metros de la prisión de La Roquette, en la que se encuentran más de doscientos «Rehenes», entre los cuales un cierto número de sacerdotes y de religiosos...

Hacia las 15 hrs., el Coronel Gois y unos sesenta Federados se dirigieron a la prisión y exigieron al director de la prisión la entrega de 50 detenidos: gendarmes, sacerdotes y traidores que se habían puesto al servicio de la policía de «los de Versalles». No hay que negar los sentimientos antirreligiosos y anticlericales de la mayor parte de los Comuneros. Les fueron entregados 33 guardias de París, 2 gendarmes, 4 delatores y 10 eclesiásticos elegidos al azar: 3 padres jesuitas, otros 2 sacerdotes, 1 seminarista y cuatro picpucianos: Ladislas Radigue, Polycarpe Tuffier, Marcellin Rouchouze y Frézal Tardieu.

Rodeados por los Federados, los Rehenes subieron caminando hasta la Cité de la calle Haxo, a la cual llegaron a las 17,30 hrs. A pesar de las reticencias de sus jefes militares, y cediendo a una multitud que a gritos pedía la muerte, los Federados dispararon libremente durante un cuarto de hora sobre los Rehenes, que fueron exterminados delante de un alto muro que se encontraba en la calle Bórrego...

«En este lugar, el penúltimo día de la Comuna de París, el 26 de mayo de 1871, hacia las seis de la tarde, fueron conducidos de la prisión de La Roquette, en un lúgubre cortejo, ocho religiosos, dos eclesiásticos, treinta y cinco guardias de París y cuatro Rehenes civiles.

En presencia de los últimos representantes de la Comuna, estos cuarenta y nueve rehenes fueron masacrados por una multitud en delirio.

Sacerdotes sacrificados al odio antirreligioso, guardias de París y prisioneros civiles víctimas de las pasiones políticas. No todos ellos han muerto por la misma causa, pero todos han compartido los mismos sufrimientos y han sufrido la misma suerte. Si bien es necesario condenar severamente a los responsables del crimen, no se debe olvidar los acontecimientos trágicos que en ese momento sucedían en la capital, los sufrimientos recientes de la guerra y del sitio de la ciudad, la amargura de la derrota, la represión inhumana con la que, en esos

días, se ponía fin a los excesos de la Comuna. Guardemos el recuerdo de estos dramas, no para perpetuar los odios, sino para, al modo de Jesús, construir la paz entre los hombres.» (Texto de la inscripción grabada sobre el monumento conmemorativo del centenario de la masacre de los rehenes en 1971, calle Haxo).

Al día siguiente de la masacre, los cuerpos de los «Mártires» son echados en una fosa común. Los Federados serán masacrados en Père Lachaise. Ellos aún tendrán tiempo de asesinar a otros tres rehenes y a Monseñor Surat. El movimiento de la «Comune» es controlado.

El 28 de mayo los «Mártires» son inhumados en el cementerio de Belleville. El 30 de mayo, el hermano Marin Fouquet marca las tumbas de los «Mártires». Será él quien identifique el despojos mortal.

El 4 de abril de 1889, un Padre de la Compañía de Jesús celebra por primera vez la Misa en el lugar donde fueron ejecutados los Rehenes, en un pequeño oratorio improvisado de 3 mts. por 4 mts. Volverá allí todos los lunes. En 1894 se construye en ese mismo lugar una pequeña capilla, capaz de acoger 250 personas, con algunas habitaciones arregladas sobre ella. En cuanto al catecismo, éste se hacía en dos galpones vecinos. El 15 de abril de 1898 tuvo lugar la inauguración de una capilla más grande, construida con materiales ligeros. Será necesario esperar hasta 1936 para comenzar la construcción de una iglesia sobre los lugares de la masacre: «Nuestra Señora de los Rehenes».³ La inauguración tuvo lugar el 23 de octubre de 1938, bajo la presidencia del Cardenal Verdier. Hasta 1974 los Padres Jesuitas aseguraron el funcionamiento de esta parroquia.

Cada año los «Annales» de la Congregación volvieron sobre el hecho, y es posible decir que ha habido una verdadera «devoción» por nuestros hermanos.

Desde 1959, sus restos mortales reposan en la cripta de la Iglesia de San Gabriel.⁴ Las lápidas de los nichos en los cuales reposaban los restos de los mártires en la capilla de los Hermanos de Picpus, están conservadas en la pequeña capilla situada en el jardín de las Hermanas de Picpus... Introducida en 1964, la causa de los «Mártires» fue detenida por el Capítulo General de 1970, dejando la iniciativa al arzobispado de París.

Cuando hoy hacemos memoria de esta historia dolorosa para la Congregación, nos acordamos igualmente de todos nuestros hermanos y hermanas que han perdido la vida trágicamente en el curso de su actividad apostólica. Pensamos, en primer lugar, en aquellos que perdieron la vida cuando el naufragio del Marie-Joseph. Pero también los muertos en China (Padre Alexandre Nogue, + 15.01.28), o en España, con el Padre Teófilo y sus compañeros (1936). No olvidamos a nuestros hermanos y hermanas muertos con ocasión de las guerras o en los campos de muerte en Indonesia (P. Vitus Bouma + 1945).

Cuando actualmente hacemos escala en la iglesia «Notre Dame des Otages», como en 2007 con ocasión de la Sesión Picpus 2007, oramos allí por todos los rehenes del mundo...

³ Cf. Folleto de la Iglesia «Notre Dame des Otages».

⁴ El último hermano de la Congregación que ha muerto asesinado, murió en esta misma iglesia, en enero de 1995 (P. Jean Struillou).

Oración del P. Frézal Tardieu⁵

V.C.J.S.

Heme aquí, Dios mío, que vengo para hacer tu voluntad;
graba tu ley en lo hondo de mi corazón
y dame la gracia de cumplir siempre lo que te agrada.

Oh Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo,
mi Dios y mi todo, yo te adoro y te doy gracias
por los beneficios de mi creación, de mi redención, de mi conservación,
por los imborrables sacramentos que tú has instituido para mí,
por mi vocación a la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María;
en una palabra, por todos los innumerables beneficios
con los cual me has colmado a mí y a todos los hombres.

Prosternado ante ti, Dios mío,
y enteramente cubierto por la sangre preciosa de tu Hijo,
te ofrezco y te consagro todo lo que tengo,
todo lo que soy, mis pensamientos y palabras,
mi salud, mis fragilidades, mis enfermedades,
mis posesiones, mi reputación, mi vida.

Tú me has dado todo, y yo te ofrezco todo
para emplearlo en vistas de tu gloria y la salvación de mii
prójimo.

Dígnate quitar de mí todo lo que no te complace
y darme todo lo que te puede agradar.
Dirígeme y toma posesión de mí según tu voluntad.

Dame, por intercesión de la bienaventurada Virgen María,
la gracia de no ofenderte jamás,
y de hacer siempre tu santa voluntad.

Permíteme llegar a la perfección de mi vocación,
según el espíritu de los Sagrados Corazones de Jesús y de María,
de modo que mi alegría sea perfecta.
Dame una buena voluntad, firme, perseverante, y una profunda paz.
Haz que, caminando siempre en tu presencia, te encuentre en todas las cosas.

Permíteme tender continuamente hacia ti por amor y por gratitud,
y llegar a ti por la palma del martirio,
para que pueda alabarte, bendecirte y cantar eternamente tus misericordias.
Amen.



⁵ Annales 1898, p. 240

¿Mártires? Sí, mártires

Carlos Barahona ss.cc.



La ambulancia llegó con varios heridos al hospital de sangre de El Escorial. Estaba instalado desde hacía algunos días en lo que había sido el escolasticado de la Congregación de los Sagrados Corazones. El vehículo procedía del cercano frente de la sierra de Guadarrama, al noroeste de la provincia de Madrid. No hacía ni un mes del comienzo de la sublevación militar en el protectorado español de Marruecos (17 de julio de 1936), continuada al día siguiente en todo el territorio nacional con resultados bastante diversos. El chofer se fijó en el director del hospital. *“Es un cura camuflado. Tiene que largarse de aquí.”* –dijo. Lo conocía porque había recibido su ayuda frecuentemente, cuando el Padre **Teófilo (Benjamín) Fernández de Legaria Goñi** era superior del colegio madrileño de Martín de los Heros.

Esa misma noche calurosa del 11 de agosto Benjamín cenaba con médicos y enfermeros. Dos coches requisados entraron con estruendo en el recinto del escolasticado-hospital. Varios milicianos de partidos de izquierda, pistola en mano, conminaron al superior-director a seguirlos. Sin juicio alguno, en el más puro estilo revolucionario entonces imperante, se lo llevaron a tres kilómetros de El Escorial, hacia el sur, por la carretera de Valdemorillo. Los dos vehículos pararon en un lugar llamado “La Piedra del Mochuelo”. Teófilo comprendió cuáles eran sus intenciones. Estaba a las puertas de la muerte y pidió un tiempo para rezar y para escribir unas líneas de despedida a su querida madre. Acto seguido le ordenaron que caminara hacia el muro de piedras graníticas que marcaba los lindes de la finca contigua. Teófilo –Amado de Dios– se dirigió hacia allá musitando una plegaria, valeroso y sometido a la terrible tensión del momento. Mientras andaba, una descarga cerrada de fusilería le alcanzó en la espalda. Cayó de bruces, muerto. Minutos después otros tres presbíteros diocesanos de El Escorial fueron asesinados. Les tocó el “paseo” esa noche. Al día siguiente encontraron los cuatro cuerpos. Teófilo fue enterrado en el campo santo de San Lorenzo de El Escorial. A sus 38 años.

Razones para escribir

Ése es el relato, basado en los datos históricos, del vil asesinato del P. Teófilo. Parecido a los de nuestros otros hermanos y a los de los más de seis mil ochocientos clérigos, religiosas y religiosos asesinados sobre todo en los primeros momentos de la guerra civil española, que duró treinta y dos meses y medio (1936-1939). La persecución religiosa de hecho comenzó ya con la proclamación de la república en 1931 y tuvo momentos más intensos en 1934, cuando la revolución de Asturias, auspiciada por los socialistas, y en los primeros meses de la guerra. Teófilo es el más conocido de nuestros mártires y su proceso ordinario diocesano fue el primero en ser incoado. Se clausuró en Madrid el 21/12/1951. Los otros cuatro procesos ordinarios fueron clausurados en la diócesis matritense el 13/07/1963. Hay nueve hermanos más cuyos procesos diocesanos nunca se han iniciado. Cinco de ellos murieron en la provincia de Madrid, tres en la de Barcelona y uno en Torrelavega (diócesis de Santander).

Cuando **Radek Zięzio** me pidió que escribiera sobre los mártires, en el marco más amplio de la violencia presente en la vida de la Congregación, me lo pensé primeramente. Es un tema ciertamente polémico y probablemente habría que dejar que el tiempo pase, para analizar la cuestión en frío. Menos de 72 años no es mucho. Hay todavía españoles ancianos que vivieron aquellos luctuosos acontecimientos y que prefieren en general no recordarlos. Seguramente las propias víctimas no estarían de acuerdo en que se revuelva el asunto, con el riesgo de atizar disputas y rencores fraticidas.

Pero decidí hacerlo por una razón: nuestros hermanos eran personas **inocentes**, víctimas de una tremenda **injusticia**. O no tuvieron juicio o sufrieron parodias de juicios, los llamados “populares”, amañados, sin ninguna garantía ni ecuanimidad. Me recuerdan al siervo de Isaías, llevado cual cordero silente al matadero, como tantos otros inocentes a lo largo de la historia. Y de los inocentes no podemos olvidarnos. Sus nombres tienen que resonar entre nosotros. Han de estar presentes, vivos, en nuestro recuerdo. Incluso beatificados y canonizados. Yo mismo, desde niño, he visto en mi casa estampas del P. Teófilo, editadas por Reinado Social. Con el tiempo esos recordatorios se hicieron raros, a medida que se pretendía mirar hacia el futuro e insistir en la reconciliación entre las dos Españas. A ver cuándo es definitiva.

Sin embargo, si algo hemos aprendido de las comisiones de la verdad y del perdón creadas en países sacudidos por la violencia –pensemos en África del Sur, en Argentina, en Chile, en Perú, en el Ulster– es que no puede haber verdadera reconciliación sin que se aclare en lo posible la verdad y se haga justicia, no venganza. Esto es válido evidentemente para las víctimas de ambos bandos. Beatificar es en cierto modo hacer justicia a los inocentes que dieron su vida, siendo coherentes con ellos mismos y fieles a la llamada recibida.

Hay quien piensa –y hasta comprende– que la Iglesia ha tenido víctimas en algunos momentos de la historia debido a su clericalismo, a su enorme influencia social, a su afán de poder y de control de las conciencias. Así que se entiende que la parte pague por el todo. Pero eso es totalmente inaceptable. Los Derechos Humanos hablan de la responsabilidad individual. Nadie puede ser juzgado, y menos condenado, por un delito que no ha cometido.

Algunos de nuestros hermanos eran intelectuales bien preparados e influyentes en la sociedad personalmente o a través de asociaciones –Teófilo era doctor en Teología por la Gregoriana y licenciado en Filosofía y Letras por Salamanca, **Isidro (Juan) Iñiguez de Ciriano** era doctor en Derecho Canónico también por la Gregoriana y profesor de Moral, **Gonzalo (Fortunato) Barrón** fue un espléndido predicador, trabajador y lleno de entusiasmo, director de Reinado Social y apóstol de la Entronización y de la Adoración Nocturna en el Hogar, que llegó a reunir a cuarenta mil adoradores, pero no cometieron delito ninguno, según el ordenamiento legal entonces vigente. Fueron vistos simplemente como enemigos a abatir por los extremistas anticlericales de su época.

Actitudes en la Congregación

Entrevisté para el Boletín de la Provincia de España de mayo de 2007 a **Emilio Vega**, al terminar su servicio como postulador. A la pregunta sobre la carga más dura de llevar durante su ministerio respondió: *“La incredulidad de los hermanos y hermanas en la santidad verdadera de nuestros hermanos y hermanas y en el martirio de algunos de ellos”*. Cuando comenté estas palabras en la comunidad de Miranda, uno de los miembros matizó: *“No es que*

no creamos en la santidad y en el martirio de algunos de nuestros hermanos y hermanas. No creemos en el método, en el procedimiento canónico a seguir”.

De hecho recuerdo que en una asamblea provincial española, hará unos quince años, ése fue el argumento –el costoso y anacrónico proceso canónico– utilizado por un hermano para inclinarse por paralizar las causas de beatificación de nuestros mártires. Pero otro hermano, ya fallecido, dijo: *”pienso exactamente igual que él, pero saco la conclusión contraria: que sigan los procesos”*. En nuestra provincia quedaron paralizados, aunque a buena parte de los miembros no les gustó. En aquel tiempo yo mismo me incliné por la paralización, pero las circunstancias eran otras, como veremos. Y las circunstancias también cuentan.

¿No era ésa la línea marcada por el Capítulo General de 1970? Se pueden consultar sus decisiones (números 58-67). Cinco años después del Vaticano II, el Capítulo *“reconoce plenamente el valor del culto de los santos, que está conforme a la tradición de la Iglesia universal”*. Sin embargo quiere tener en cuenta explícitamente que *“en ciertos países, la pastoral y las actividades ecuménicas exigen una perspectiva nueva y adaptada”* (58). Añade que aunque *“no se considera facultado para emitir un juicio definitivo sobre el procedimiento, ante las autoridades romanas, en las causas de beatificación o de canonización, sin embargo tiene que declarar que este procedimiento es causa de escándalo para muchas personas tanto de fuera de la Iglesia como dentro de ella”* (59). Pide incluso al *“nuevo gobierno central ordinario que tome las medidas, lo más pronto posible, en unión con otras Congregaciones (...) a fin de insistir ante las autoridades romanas para que cese este estado de cosas”* (60). Decide además paralizar la causa del **Buen Padre** –animando a continuar los estudios históricos sobre los Fundadores– y todas las demás, dejando la de los **Mártires de la Comuna** a la iniciativa del arzobispo de París y continuando la del **Padre Damián** porque *“es objeto de un interés universal”*, porque *“está postulada por considerable masa de fieles”* y porque *“no sería sino la confirmación oficial de un estado de hecho ya admitido”* (63).

Doce años más tarde, siendo yo miembro del Capítulo de 1982 en El Escorial, la postura era la misma, si recuerdo bien, salvo que se aceptó la iniciativa de la diócesis de Belho Horizonte por la causa de **Eustaquio Van Lieshout**. Sin embargo desde entonces las cosas han cambiado. No sólo Damián ha sido beatificado, sino también Eustaquio. El proceso del Buen Padre ya ha terminado la etapa diocesana en París, las hermanas llevan adelante la causa de la **Buena Madre** y aquí, en España, además de los tres citados –Teófilo, Isidro y Gonzalo–, **Eladio (Leoncio) López Ramos**, fusilado el 8/08/1936 a los 32 años y **Mario (Luis) Ros Ezcurra**, asesinado igualmente en la noche del 14 al 15 de agosto de 1936, a los 26 años, parecen estar cerca de su beatificación.

De todos modos no es inminente, según informa **Bruno Benati**, pues han dejado de lado sus causas y las de otros mártires un par de años en el dicasterio romano correspondiente. La directora de la Oficina del Comité de la Conferencia Episcopal Española recomendaba recientemente a los postuladores de los mártires de España presionar más a la Congregación de los Santos para que estudie con urgencia las diferentes *positio* de las causas presentadas entre 1997 y 2001. Las de los nuestros, introducidas en 1997, están incluidas. Si todas son aceptadas, se beatificará a unas 550 personas. Bruno cree llegado el momento de reunir en un solo sitio los restos de los cinco fusilados para que los fieles puedan acudir a rezar. El Gobierno Provincial ha empezado a ocuparse del asunto.

Nuevas circunstancias

Los cambios en la Iglesia en esta cuestión de las beatificaciones y canonizaciones se han debido sin duda a la voluntad de **Juan Pablo II**. El postulador de entonces, **Ángel Lucas**, aprovechó las nuevas circunstancias y animó a relanzar los procesos. Emilio Vega y Bruno Benati siguen su estela. Al fin y al cabo sólo lo esencial tiene que permanecer en la Iglesia. Otras muchas cosas dependen de circunstancias, de tiempos, de conveniencias. Puede haber, como casi siempre cristianos a favor y en contra. Cada uno puede pensar como quiera y actuar en consecuencia.

A los nuevos aires eclesiales se añaden en España peculiares circunstancias desde hace cuatro años. Un presidente de gobierno, que acaba de volver a ganar las elecciones hoy hace dos semanas, ha ejercido el poder reavivando fantasmas que la mayoría de los españoles, incluidos muchos de sus votantes, teníamos ya arrinconados. Pertenece a un sector del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) de tendencia masónica y de un rancio, anacrónico, anticuado, retrógrado y contraproducente anticlericalismo. En una sociedad indiferente en buena medida al cristianismo y a la Iglesia resulta a mi parecer ridículo y absurdo recaer en pugnas trasnochadas. Más aún con una Declaración de los Derechos Humanos plenamente vigente. Pretende además modificar la Constitución de 1978 mediante mecanismos ilegales, inspirándose en la Constitución de 1931 de la II república, que acabó en el fracaso más estrepitoso, reconocido por eminentes republicanos. Es una problemática que a la mayoría de los ciudadanos no nos interesa en absoluto. Y muchos estamos en contra. Son cosas del pasado. Ahora tenemos otras preocupaciones. Miramos al futuro.

Se completa el panorama con una ley de la Memoria Histórica, querida en buena parte para reivindicar la memoria del abuelo del presidente, capitán de infantería fusilado el 18 de agosto de 1936, cerca de León, tras un consejo de guerra que lo condenó por ser agente doble. Algo que sucede en todas las guerras. La carta que escribió al director del periódico *El Socialista* el 14/02/34 ofreciéndose como informador de las inclinaciones políticas de sus compañeros oficiales del regimiento de infantería nº 36 está a disposición de quien la quiera leer. Esa ley pretende manipular la historia y reescribirla desde el punto de vista de los derrotados de la guerra civil. Quiere olvidar las checas, los abusos, las ejecuciones sumarias al margen de la legalidad. Y eso es inaceptable. Hay que reflejar la verdad y condenar los excesos y atropellos cometidos en ambos bandos.

Por eso estoy a favor de la beatificación de nuestros mártires. Porque eran inocentes injustamente tratados, ya lo he dicho. Porque fueron valientes y consecuentes, se tomaban muy en serio lo que profesaban. Porque son testigos elocuentes de lo que sucedió en aquel momento de la historia. Y porque fueron asesinados por ser religiosos y sacerdotes. Pocos buscan el martirio, como Sta. Teresa cuando se escapó de su casa con su hermano para ir a tierras de infieles. La ocasión suele presentarse como un cúmulo de una serie de circunstancias. Cuando se toparon con ellas nuestros hermanos no se arredraron. Reconocieron lo que eran y fueron eliminados por fanáticos desmandados. ¿Mártires? Sí, mártires. Mientras no se demuestre lo contrario.

Padre Alfons (Walter) Spix

Congregación de los Sagrados Corazones (Picpus)

17 de junio 1894 en München-Gladbach (hoy: Mönchen-Gladbach)

+ 9 de agosto 1942 KZ Dachau

Stefan Gerhard Diefenbach

Walter Spix nació el 17 de junio 1894, hijo de Franz Spix y de su esposa Bertha Otten, en München-Gladbach, hoy Mönchen-Gladbach. Pronto estuvo en contacto con la Congregación de los Sagrados Corazones como estudiante de su Escuela de Misiones en Simpelveld (Holanda). La primera guerra mundial aplazó su entrada en la comunidad porque tenía que prestar su servicio militar. Con otros 15 jóvenes comenzó el noviciado el 24 de setiembre 1919 en Arnstein, la primera casa de la recién fundada provincia alemana, y recibió "Alphons" como nombre religioso. Tenía 25 años. En 1925, después de los estudios de teología, la profesión religiosa y las ordenaciones en Simpelveld, Spix fue destinado a la Escuela de Misiones en Lahnstein. Muy pronto le eligieron para el consejo de la comunidad. En 1928 le nombraron superior y en 1933 superior en Arnstein. Dos años más tarde fue miembro del consejo provincial y en 1938 vicario provincial. Sus estudiantes y hermanos religiosos le describen como un hombre piadoso, severo, justo, preocupado por quienes le habían sido confiados. Fue un fotógrafo y cineasta apasionado.

A principios de noviembre 1941 Spix fue interrogado por la Gestapo (policía secreta estatal) en Koblenz. Le reprocharon haber admitido trabajadores forzados polacos a la misa dominical y haberles ofrecido pan y café después. Spix explicó que en Arnstein no conocían la prohibición de admitir a la celebración de la Eucaristía a polacos junto con los alemanes a la y que además era normal dar sin distinción de comer y beber a los que llegaban a la puerta del monasterio. El interrogatorio en Koblenz terminó con una amonestación severa y la prohibición de todo contacto con los polacos.

El cronista de Arnstein informa en 1946/47 que los trabajadores forzados polacos en el pueblo vecino, Singhofen, se reunieron y que el dirigente polaco local había divulgado que algunos venían a la iglesia. El dirigente mismo había notificado el caso a la Gestapo, contento de tener algo en la mano contra el convento y su superior.

Sería este dirigente quien, el 16 de noviembre de 1941, habría mandado polacos a Arnstein para comprobar si las prescripciones eran observadas. En Arnstein sabían que estaba estrictamente prohibido a los polacos participar en la misa, pero no habían previsto medidas para el caso que ellos participasen. Así Spix que este domingo celebró la misa mayor quedó muy asustado cuando durante su sermón vio fieles polacos desde el púlpito. Terminada la misa pidió al sacristán cuidar que los polacos no asistieran más a la misa junto con los alemanes. Habría que encontrar otra solución para el acompañamiento pastoral. Ese domingo, Spix dijo a unos amigos: *"Ahora tengo que estar preparado para lo peor"*.

Tres días después Spix fue arrestado, llevado a Frankfurt y nuevamente interrogado por la Gestapo. En los documentos de la Policía Secreta Estatal conservados en Frankfurt se encuentra esta nota: *“Estado de cosas: fue detenido el día 19-11-1941 por haber permitido a trabajadores agrícolas polacos participar en el servicio público religioso y además les daba de comer y beber”*.

Los interrogatorios, muchas veces con tortura, ciertamente hicieron sufrir mucho a Spix. Josef Albinger, entonces capellán y compañero en la prisión policial de Klapperfeldstrasse, cuenta que brotaban lágrimas de los ojos de Spix, cuando le preguntó acerca de los interrogatorios. Los dos tenían contacto con la ayuda de un guarda. El día de su traslado a la prisión preventiva de Hammelsgasse Spix dio su ración de pan a Albinger.

Las actas dicen que Spix fue trasladado ahí, el 20-12-1941, a las 11 hrs., desde la prisión policial e internado en la celda 375. El día 23-12-1941 el doctor de la cárcel le examinó por “enfermedades venéreas”. Se comprobaron también el estado general de salud y la “aptitud para transporte y campo”. Poco tiempo después de Navidades debía hacer “trabajos de papel”, es decir encolar bolsas y doblar cartones.

Conservamos dos cartas de esta época. La primera con la fecha del 11-12-1941 que describe con cuidado su situación: *“... y así van las cosas. Voy a soportarlo”*. Pero queda clara la instrucción para su sustituto en Arnstein, el P. Binz: *“... mantenga los polacos a distancia. Basta con uno en la cárcel”*. A pesar de todo contaba con el fin de su arresto porque pidió que le llevara un traje para el viaje de vuelta.

La otra carta del 29-12-1941 contiene muchas preguntas que manifiestan en interés del interno por saber lo que pasa fuera. Comunica a su convento que ha efectuado una petición de excarcelación y repite la petición de enviarle un “buen” traje.

Tres veces intentaron visitar a Spix en Frankfurt. Estaba permitido llevarle ropa, libros y cartas con la Gestapo, como confirma en sus cartas. Pero no fue posible hablar con él. Tampoco un joven oficial y estudiante religioso, Ludolf Signon, llegó a verle.

El convento de Arnstein intentó lograr la liberación de Spix a través de un amigo notario en Koblenz. Este Dr. Nöthen, en su carta del 1-12-1941 dio esperanzas al prisionero porque, según su opinión, no habría acción punible. Pero una petición a la fiscalía en Frankfurt en diciembre 1941 concluyó con la constatación frustrante e inquietante *“que el asunto Spix no depende de ella y ahora está exclusivamente en manos de la policía estatal”*. El Dr. Nöthen propuso hacer intervenir al abogado Dr. Wedesweiler en Frankfurt. El día 26-1-1942 éste escribió a la comunidad de Arnstein que, según sus investigaciones, el caso ya sería llevado ante el “Reichssicherheitshauptamt” (oficina central de seguridad del Reich) en Berlín. Probablemente impondrían tres meses de arresto educativo y el P. Spix sería liberado en breve.

Pero poco tiempo después tenía que comunicar lo que había sabido por otro intermediario: *“Primero el encargado no quería dar ninguna información sobre el caso, después declaró que el padre Spix no se había atenido a la disposición promulgada que exigía la visita a la iglesia de polacos y alemanes por separado; incluso, que después de la ilícita visita común a la iglesia, había invitado a trabajadores agrícolas polacos a tomar el café de la tarde junto con los alemanes. El menosprecio terco de las prescripciones en cuestión sería la base del mandato*

de arresto precautorio. El asunto pasa al Reichssicherheitshauptamt en Berlín para ulterior decisión". El Dr. Nöthen intentó emprender algo sin demora a través de un colega berlinés: "Naturalmente todo depende de que se presenten argumentos en descargo del padre Spix."

Antes de coordinar otros pasos el superior comunicó por carta del 8-2-1942 al convento en Arnstein que se encontraba en el campo de concentración de Dachau. Fue trasladado el 29/30 de enero y ahora Spix era el detenido número 29 126.

Del bloque de admisión, barraca 9, Spix pronto pasó a la barraca 28 que albergaba sobre todo sacerdotes y Religiosos polacos. Con ellos Spix tenía que hacer faenas durísimas, trabajar en las plantaciones de hierbas aromáticas y, para las horas de comer, arrastrar los cubos con la sopa floja o de té amargo a las distintas barracas. Con sus compañeros de infortunio de Polonia y otros países europeos fue expuesto a continuas vejaciones.

Después de la Pascua de 1942 Spix pasó a los "curas alemanes del Reich" en la barraca 26, pieza 3. Los sacerdotes y Religiosos alemanes detenidos con él que escribieron sus memorias después del período nacionalsocialista no le mencionan en sus relatos. En medio de los años 80 se preguntó a los sacerdotes sobrevivientes de Dachau acerca de Spix. Solamente dos de ellos, ya de débil memoria, le recordaron como serio, cerrado y deprimido.

De los primeros cuatro meses del arresto en el campo de concentración, se conservan seis cartas escritas por Spix. Como las cartas pasaban por la censura solamente podía dar insinuaciones en cuanto a su situación. Pero los destinatarios debían entender que el preso se encontraba en una situación muy peligrosa. En cada carta, en algunas repetidas veces, pide que se ruegue por él y promete incluir a todos en su oración. Estaba convencido de estar en las manos de Dios, también en Dachau, y esto le daba fuerza, *"También aquí veo la mano de Dios y me dejo conducir por ella"*.

En marzo todavía esperaba *"que finalmente me devolverán la libertad"*. Pero tras unas semanas más de privación en el campo, a finales de julio 1942, insinúa al provincial que le pasará lo mismo que al hermano del P. Sigisbert. Se trata del párroco Gustav Vogt que el 12-7-1942 ingresó en la barraca de los enfermos y murió esa misma noche. Causa oficial de la muerte: fallo del corazón y del movimiento circulatorio con catarro intestinal.

Una petición de gracia formulada por la familia Spix en el verano del 1942 y expedida a Berlín ya no podía ayudar al detenido. El cronista en Arnstein relata: *"A su hermano le comunicaron más detalles. El 7 de agosto Padre Alfons había causado baja. En la enfermería se le había ofrecido todo el tratamiento médico y especializado posible. Sin embargo la enfermedad ya había avanzado de tal modo y que falleció el día 9 de agosto. La jefatura del campo le daba el pésame para la pérdida"*. Como causa oficial de la muerte indicaron "catarro intestinal". Muchos testigos presenciales sobrevivientes testimonian que en este verano del 1942 la asistencia médica fue malísima. Quien venía a la barraca de enfermos prácticamente ya estaba muerto. Nadie se ocupaba de los moribundos.

La familia informó a la Congregación sobre su hermano. La esquila mortuoria dice breve pero significativamente: *"Falleció a la edad de 48 años, el día 9 de agosto de 1942, cuando menos se esperaba, de catarro intestinal, lejos de su querido convento. Ejerció el espíritu de víctima y reparación propio a nuestra comunidad que había predicado muchas veces a sus*

súbditos, especialmente en el año último de su laboriosa vida.” En la imagen mortuoria se lee: “Purificado en el brasero de la prueba, que descanse en el corazón de Dios”.

El 25-8-1942 la misa de réquiem se celebró en la iglesia conventual de Arnstein. Participaron familiares, sus hermanos religiosos y sacerdotes y feligreses de las parroquias vecinas. Una urna con los supuestos restos mortales del padre llegó en Arnstein solamente a finales de octubre 1942. El 30-10-1942 la urna fue sepultada en el cementerio conventual de Arnstein.

Después de la guerra el provincial escribe: *“Si no fueron los restos corporales de nuestro querido difunto, eran con toda probabilidad los restos de alguna otra víctima de la crueldad inhumana”.*

En 1987 una placa conmemorativa de Spix fue colocada en la entrada de la iglesia de Arnstein.

Fuentes

*Chronik des Klosters Arnstein 1914-1940 (Bd. 1) und 1941-1979 (Bd. 2), Archiv des Klosters Arnstein
Korrespondenz mit Dr. Nöthen und Dr. Wedesweiler 1941/1942, Archiv des Provinzialates, Aachen
Briefe von P. Spix aus der Haft in Frankfurt und im KZ-Dachau, Archiv des Provinzialates, Aachen
Häftlingskarteikarte von W. Spix, Archiv der KZ-Gedenkstätte Dachau*

Literatura

*Diefenbach, Stefan Gerhard, Von Arnstein nach Dachau. Zum 50. Todestag von P. Alfons Spix SS.CC. - Opfer des nationalsozialistischen Kirchenkampfes, in: AfmrhKg, 44. Jg. 1992, S. 269 - 284.
Hehl, Ulrich von (Bearb.), Priester unter Hitlers Terror. Eine biographische und statistische Erhebung, [= Veröffentlichungen der Kommission für Zeitgeschichte, Reihe A: Quellen, Bd. 37], Paderborn - München - Wien - Zürich⁴ 1998, S. 854.*

La Provincia holandesa durante la segunda guerra mundial

Jan Wouters ss.cc.



En Holanda

En la mañana del 10 de mayo de 1940 el ejército alemán invadió Holanda. En esa misma mañana del 10 de mayo nuestras casas de Valkenburg (hermanos) y Meerssen (hermanas) quedaron ya en la zona ocupada. La única parroquia que regentábamos en Holanda, en Rotterdam, sufrió desde este día las operaciones propias de la guerra. El 12, día de Pentecostés, los que estaban en el seminario menor de Sint-Oedenrode fueron testigos del paso de las tropas alemanas. Ese mismo domingo Bavel fue evacuado. Los ocupantes de la casa y el noviciado tuvieron que escapar. Los novicios, así como otros refugiados, consiguieron llegar primero a Bélgica y, después de un largo recorrido, a Francia. Hasta agosto del 1940 no les fue posible volver al noviciado.

Los hermanos de la comunidad de Nuland escaparon a 's-Hertogenbosch, acampando en la casa del obispo durante los bombardeos alemanes. El lunes 13 de mayo volvieron a la ya ocupada ciudad de Nuland.

Así comenzaron los 5 duros años de ocupación de la provincia holandesa. El gobierno provincial trató de mantener lo mejor posible el trabajo y la formación. No era una tarea fácil. Había que encontrar una salida a los recién ordenados sacerdotes que tenían obediencia para ir misiones y no podían partir.

El nuevo inquilino alemán repetidamente necesitó nuevo alojamiento para las unidades militares motorizadas. ¡Frecuentemente monasterios y conventos fueron lo más convenientes y así les tocó experimentarlo!

Los primeros dos años tuvimos la suerte de obviarlo, pero en septiembre de 1942 tuvimos que abandonar nuestra casa de Nuland. Aquí estaba el escolasticado de filosofía. Nuestros estudiantes y profesores fueron a Valkenburg, con lo cual esta casa se llenó inmediatamente. Los demás miembros de la comunidad vivirían durante el resto de la guerra en una parcela del convento en los alrededores de Nuland.

Un año más tarde, en septiembre de 1943, los alemanes requisaron el seminario menor en Sint-Oedenrode. Después de una dura búsqueda se encontró acomodación para estudiantes y profesores: el Damianeum, que regentaba la provincia alemana en Simpelveld, para los cursos superiores; una factoría de tabacos en Sint-Oedenrode para los cursos de intermedia; y el centro parroquial en Zeeland para los más pequeños. Desde febrero de 1944 éstos últimos se ubicaron en dos naves en Helenaveen.

Algunos hermanos fueron llevados por las tropas de ocupación. En febrero de 1942 el hermano austríaco Bartholomeus Prüner, maestro en Sint-Oedenrode, tuvo que reportarse para servir en el ejército alemán. Estuvo en Rusia, allí fue herido y volvió a Austria al final de la guerra.

El padre Andreas Scheijen, de 29 años de edad, maestro en Sint-Oedenrode, estuvo en un campo de prisioneros de Sint-Michielsgestel desde julio de 1942 hasta diciembre de 1943.

Cientos de personas prominentes de Holanda estuvieron como rehenes en este centro, muriendo muchos de ellos ante el pelotón de fusilamiento, como venganza por las derrotas sufridas en el ejército alemán. Afortunadamente Padre Andreas no fue una de las víctimas.

El padre Christoffor Meulendijks fue hecho prisionero en mayo de 1944 en Venlo. Después de pasar por distintos campos de prisioneros, murió en abril de 1945 en Bergen-Belsen, a los 50 años de edad. Uno de sus compañeros de prisión escribió más tarde lo siguiente: 'El padre Meulendijks, llamado el Tío Chris por otros prisioneros, o simplemente Chris por nosotros, fue muy querido por los demás, especialmente por su compañerismo espontáneo, simpático, a la vez que adornado de un piadoso y auténtico espíritu sacerdotal. (...) En Bergen-Belsen Chris enfermó de tifus a los quince días. Permaneció recluido en las barracas de enfermería. (...) Yo hablé con él una sola vez junto a la alambrada. Se le veía muy mal y muy escuálido. Sin embargo, no parecía deprimido. Se mantenía animado y optimista. No se nos permitía entrar a la barraca de la enfermería, por eso no pude estar informado de cómo seguía su enfermedad. Cuando creíamos que estaba mejorando algo, nos enteramos que también él había fallecido”.

A finales de septiembre de 1944 el Hermano Leonardo van Rutten fue apresado por los alemanes en el pueblo de Helenaveen y conducido como convicto a Alemania. Leonardo había ido al pueblo a comprar pan y fue detenido junto con otros cinco hombres. Solamente algunos meses después de la liberación nos enteramos que Leonardo había sido enviado a trabajar en una factoría de carbón de coque en Watenstedt. Allí tuvo que trabajar muy duramente doce horas al día y con mala alimentación. A consecuencia de la miseria y la enfermedad, Leonardo murió el 4 de febrero en este centro, a la edad de 37 años.

Otros hermanos también estuvieron en campos de trabajo por tiempos más o menos largos: los Hermanos coadjutores Willy van Lieshout, Wim Berkvens y el Hermano escolástico Wim de Bruin. Todos ellos sufrieron los traumas de la guerra por mucho tiempo.

Las hermanas también sufrieron los golpes de las armas. Durante la ofensiva de la liberación, en el sur de Holanda, en septiembre de 1944, su convento de Meerssen se hallaba en la línea del frente entre las fuerzas alemanas de ocupación y las fuerzas aliadas. El 15 de septiembre cayó una bomba en la cocina. Las dos hermanas que allí trabajaban fueron fatalmente heridas, muriendo el mismo día. Eran la hermana holandesa Anna van Ruyven y la hermana lituana Judith Simanaviciute.

En Indonesia

Aquí es donde fue más seriamente golpeada la provincia holandesa. Era colonia holandesa en ese tiempo, donde muchos hermanos estaban trabajando en las islas de Bangka y Belitung y en el archipiélago de Riau.

En febrero de 1942 el ejército japonés ocupó Indonesia. Inmediatamente casi todos los misioneros holandeses fueron confinados en campos de concentración. En Holanda, solamente de vez en cuando se recibía un telegrama, una cartita, que llegaba a través de la Cruz Roja, para decir escuetamente “Aquí todos están bien”. Pero en octubre de 1945 nos enteramos de la terrible verdad: Vitus Bouma, Prefecto Apostólico, había muerto junto a un hermano coadjutor y nueve padres durante la guerra y la ocupación japonesa. Estas noticias fueron un terrible golpe para toda la provincia. Con toda propiedad el secretario provincial escribió: “Hasta ahora nuestra provincia no había sido herida de muerte, ahora sí”.

Los padres que estaban trabajando en el archipiélago de Riau soportaron la vida del campo de concentración relativamente bien. Fueron hechos prisioneros e internados en un lugar donde la vida fue menos dura que en otras partes. Todo lo contrario fue lo que les tocó a los hermanos de Bangka y Belitung.

Cuando el ejército japonés comenzó el ataque a las islas, Mons. Vitus Bouma se encargó de que las Hermanas Holandesas de la Providencia, que trabajaban en Bangka, salieran de la isla de Java; y envió al Padre Edmund Corijn y al Hermano coadjutor Antonius Bruijns para acompañarlas. Ambos sobrevivieron a la guerra.

El primer hermano que cayó víctima de la guerra en Indonesia fue el Padre Piet Lahaye. Era capellán en el ejército holandés y lo mataron durante la batalla entre las Indias Holandesas y el ejército japonés el 3 de marzo de 1942, a la edad de 45 años.

Todos los padres de Bangka fueron arrestados el 9 de abril. Solo se les permitió llevar consigo los utensilios de aseo y ropa interior limpia, más 30 guilders (florines) en moneda nacional. Fueron llevados prisioneros a Pangkalpinang, la capital de Bangka. Les dijeron que era una cárcel temporal, por dos semanas, pero allí permanecieron durante dos años. Junto con otros religiosos, un total de 26 padres y hermanos, nuestros hermanos SSCC fueron confinados en una celda de 5 x 3 metros. Les resultaba imposible dormir todos al mismo tiempo. Por suerte, esta situación duró solamente un par de días. Después fueron trasladados a un lugar en que había dos "balai-balai" [dos grandes plataformas de madera en donde cada uno tenía su propio y pequeño puesto para dormir].

Durante todo el tiempo tuvieron poca comida, más bien demasiado poca. Al principio el sacerdote diocesano de Bangka, de origen chino, Bun Thiam Kiat, que no fue hecho prisionero, consiguió permiso para visitar sus compañeros sacerdotes e introducir secretamente algún alimento extra. Pero lo descubrieron pasados unos meses y ya no le permitieron visitar más a los prisioneros. Por ello, quedaron abandonados al hambre sistemática que ofrecían los japoneses. Durante el adviento de ese año los misioneros quedaron tan debilitados por el hambre que Mons. Vitus Bouma empezó el "rezo perpetuo del rosario". "Yo esperaba que esto pudiera a lo mejor prevenir un desastre", decía. No ayudó gran cosa, solamente que el mismo Monseñor pudo recobrar algo sus fuerzas cuando fue hospitalizado en un barracón enfermería por causa de la disentería y allí tuvo mejor alimentación. Con el traslado a los "balai-balai" se les permitió a los padres celebrar la Misa diariamente en un altar hecho con sus propios medios. Los que estaban suficientemente fuertes pudieron gozar de este privilegio.

El 10 de mayo de 1943 murió el primer padre, Alfons Mars, a causa de las privaciones. Tenía 33 años.

A finales de 1943 todos los prisioneros fueron trasladados en camión a Mentok, una ciudad portuaria a 137 km de distancia. El desplazamiento fue terrorífico. Los prisioneros iban sentados o echados en el suelo de madera de las plataformas sufriendo en sus maltrechos cuerpos los traqueteos de los camiones. En Mentok tuvieron un feliz (¿?) encuentro con dos hermanos que habían estado trabajando en la isla de Belitung y que fueron hechos prisioneros al principio de la guerra. Desde entonces habían sido trasladados a la prisión de Mentok.

La situación había mejorado, si es que podemos llamarlo así, porque fueron acomodados en casas normales (aunque bajo estricta vigilancia), porque la prisión ya estaba abarrotada. El

alimento era también mejor pero no tenían enfermería. Muy pocos o ningún medicamento se les ofreció aún cuando hubo un brote de malaria y muchos de ellos sufrieron de sarna y otras enfermedades de la piel. Hasta que Monseñor cayó enfermo de nuevo de disentería y un doctor vino a ofrecerle medicinas.

Los prisioneros también sufrieron gravemente desde el punto de vista psicológico. La falta absoluta de privacidad no fue lo peor. Lo peor fue que los japoneses gozaban extraordinariamente vejando a los prisioneros una y mil veces mofándose de ellos, poniéndoles en posición de firmes durante horas y obligándoles a hacerles reverencia como esclavos ante su señor. Sin embargo, algunos se las ingenieron para hacer su vida menos insoportable. Así el Padre Benedictus Bakker creó un coro de hombres que con sus actuaciones animó con frecuencia a sus compañeros prisioneros.

Durante la detención en Mentok fallecieron los siguientes hermanos:

Dionysius van Gorp, el 21 de julio de 1944, a la edad de 38 años.

Plechelmus Nieuwe Weme, el 22 de noviembre de 1944, de 31.

Ladislaus van Gelder, el 9 de diciembre de 1944, de 39.

Pacomius Heuver, el 23 de diciembre de 1944, de 47.

Pascal van der Knaap, el 10 de febrero de 1945, de 35.

En marzo de 1945 fueron de nuevo trasladados, esta vez a Lubuk Linggau al interior de la isla de Sumatra, en tres diferentes grupos, el más numeroso el primero. Desde la prisión de Mentok fueron llevados al puerto y allí, en barcas de remos, al barco de carga que los llevaría a Sumatra en un viaje de 12 horas, durante las cuales tuvieron que permanecer tendidos en la bodega del barco. Cuando llegaron al puerto de Palembang todavía tuvieron que seguir viaje en tren de mercancías por otras 12 horas más. Como no dispusieron de alimentos para el viaje, varios prisioneros murieron durante el camino.

En el campo de concentración de Lubuk Linggau la malaria y la disentería hicieron estragos. Además el “beri-beri” como consecuencia de la desnutrición. A veces algún afortunado pudo cazar un ratón o un lagarto, consiguiendo así una provisión extra. En su desesperación alguno incluso comió piojos y pulgas, que podía encontrar en abundancia.

La situación in Lubuk Linggau fue tan patética que en dos meses murieron cuatro hermanos. Fueron:

Vitus Bouma, el 19 de abril de 1945, de 52 años.

Thomas Mul, el 21 de abril de 1945, de 46.

Arnold Nijssen, el 6 de junio de 1945, de 34.

Benedictus Bakker, el 14 de junio de 1945, de 42.

El 15 de Agosto se rindió el ejército japonés y los tres hermanos que sobrevivieron, Callixtus van Thiel, Sylvester Wouters y Theofaan Alberse, pudieron abandonar el campo. Estos tres hermanos y los dos que habían sobrevivido en la isla de Java, volvieron a la misión de Bangka y Belitung hasta que llegaron nuevos misioneros de Holanda.

Hubo que esperar hasta el 11 de enero de 1950 para que los cuerpos de los cuatro hermanos que murieron en Sumatra pudieran ser trasladados a Bangka. En medio de gran expectación de la gente, fueron de nuevo inhumados junto a los seis hermanos que ya habían sido enterrados allí con anterioridad.

Hermanos y Hermanas, víctimas de la violencia en el mundo.

¿Y en la R. D. del Congo?

Paula Teck ss.cc.



Cristina y Radek me propusieron que escribiera un artículo sobre la violencia en esta parte del mundo donde nuestros Hermanos y Hermanas SS.CC. han sido enviados y participar un poco sobre las experiencias de nuestras comunidades en África. Dije sí, pero sobre todo contando con los testimonios escritos por mis Hermanos y Hermanas que han recorrido un largo camino en el Congo, lugar de mi larga experiencia en misión. Mercedes Páramo me ha respondido por escrito lo que transcribo con gusto. Otros me han contado sus experiencias. Pido disculpas a nuestros Hermanos y Hermanas que han vivido fuertes experiencias de inseguridad, de violencia de guerra en Mozambique, como nuestro Hermano André van Kampen que durante **50** años de vida misionera allí, ha pasado sus altos y bajos durante las guerras y las persecuciones. Actualmente puede vivir apaciblemente en el noviciado de Boane-Mozambique, donde da testimonio ante los novicios africanos y africanas el amor incondicional de Dios para con su pueblo a través de los religiosos SS.CC.

Recordamos ciertos momentos fuertes de temor, de inseguridad y de violencia en el **Congo**. Vayamos al año 1972.

Ante la naciente dictadura de Mobutu, el Cardenal Malula, un genio africano, denunció la fuerte centralización del poder... A partir de ese momento se desató la violencia en palabras a través de la radio, la televisión y en la calle contra la Iglesia católica, incluidos sacerdotes, religiosos...hasta la amenaza de hacer comparecer al Cardenal ante un tribunal popular y expulsar a los misioneros en momentos en que Kinshasa contaba sólo con cinco sacerdotes nativos. Los Hermanos y Hermanas continuaron su trabajo de evangelización en solidaridad con todos los otros misioneros.

En los años duros de la dictadura, como iglesia hemos buscado nuevos caminos de evangelización. Cuando todas las escuelas católicas fueron nacionalizadas, los cursos de religión suprimidos y los movimientos cristianos anulados, los misioneros redoblaron sus esfuerzos para atender a la numerosa juventud de nuestros densos barrios de la periferia de Kinshasa, organizando una catequesis extra escolar, llamando a numerosos profesores laicos para que acompañen a miles de niños y de jóvenes de nuestras iglesias.

Fueron años de donación total que colmaron nuestro corazón de hombres y mujeres consagrados a los Sagrados Corazones. Fuimos testigos de la fe de mamás y papás que veían la necesidad de transmitirla a los niños de sus barrios. De allí surgieron los numerosos Papás y Mamás catequistas. El P. Matondo, CICM tuvo la santa inspiración de organizar a los jóvenes en una especie de comunidades de base para jóvenes que se reunían en los barrios para leer y comentar el Evangelio, sobre todo el de San Juan. De allí nació el movimiento conocido de los "Bilenge ya Mwinda=Jóvenes de la Luz". Sí, nosotros hemos visto cómo ese tiempo de persecución forjaron la fe de todos y una Iglesia basada en los laicos. Una de las

prioridades de la Archidiócesis era la formación permanente de los laicos. De estos laicos nacieron muchas vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa.

Por mi parte puedo decir que estos duros años de dictadura de Mobutu que duró hasta el año 1997, nosotros como Hermanos y Hermanas de una familia internacional, perteneciendo a diferentes Provincias, pudimos vivir y redescubrir en profundidad lo que somos desde el comienzo de la fundación: hijos de la cruz que quieren ser y permanecer útiles a la evangelización en los suburbios de Kinshasa.

El fin de los años de Mobutu estuvo marcado por la anarquía del Estado que se tradujo en una creciente y explosiva inseguridad. Aún recordamos los actos de pillaje en 1991 y 1993 que provocaron en nuestros barrios miedo, miseria y una total inseguridad.

En 1986, los Hermanos y Hermanas decidimos acoger las vocaciones que se orientaran hacia la Congregación. Comenzamos entonces los primeros Postulantados en 1989 y en 1991. Los primeros noviciados comenzaron con Camille Sapu y Paulin Kadumu de parte de los Hermanos y Colette Buhangize y Célestine Mpolo de parte de las Hermanas.

He aquí cómo **Mercedes Páramo**, primera maestra de novicia, recuerda ese tiempo de los primeros pillajes en los comienzos del noviciado en Masina, Padre Damián:

Era el año 1991 en que las Hermanas se preparaban para comenzar el noviciado con las dos primeras postulantes en Kinshasa, Colette y Célestine. La situación era muy tensa y de gran inseguridad. Reflexionamos sobre si era el momento de comenzar un noviciado. Recuerdo la reflexión de Célestine "pero Hermana, estamos como en los tiempos de la fundación; podemos comenzar en la clandestinidad..." y de esa manera comenzó el primer noviciado de las Hermanas en Kinshasa. El pillaje se propagó sistemáticamente por la ciudad; durante la noche se oían disparos alrededor de nuestras casas. Una mañana, dos jóvenes armados golpearon la puerta exigiendo nuestro coche; yo les di las llaves y se fueron. Inmediatamente los vecinos vinieron a ver si alguna persona estaba herida y decidieron pasar la noche en nuestra casa para protegernos. Durante un tiempo seis hombres de la comunidad de base durmieron en el garaje para acompañarnos. En toda esta inseguridad sentimos la solidaridad de la gente y la Providencia del Señor que no nos dejó solas. Ciertamente, pasamos momentos de miedo, pero estábamos con los vecinos del barrio que no podían ir a otra parte. En relación con el centro de la ciudad, estábamos más seguras en nuestro barrio de Masina que en la ciudad misma. Otra noche hacia las dos de la mañana oímos un ruido como de una bomba en la casa vecina del señor Henri. Dos ladrones quisieron entrar en su casa y dispararon sobre ellos. Nos levantamos para tratar de averiguar qué pasaba. Al día siguiente uno de los ladrones extendido en el suelo, casi desnudo, alcanzado por una bala. Recuerdo que en ese momento nuestra oración fue de abandono, de acción de gracias por la protección del Señor, de pedir perdón por todos los ataques contra la población pobre y de confianza para que cese del todo esta barbarie. Podemos decir que durante todo ese tiempo, vivimos en la inseguridad pero no en la angustia; la misma población nos edificaba. Así aprendimos a compartir lo que teníamos y a saber vivir con lo necesario. Sentimos verdaderamente que los SS.CC. estaban con nosotras.

En 1997, Laurent Kabila, un guerrero, con la ayuda de Rwandeses, entró al Congo-Kinshasa como liberador derribando la dictadura de Mobutu que había durado más de 35 años. Todas las esperanzas estaban puestas en Kabila, la población de Kinshasa lo recibió casi sin resistencia, pero a pesar de las promesas la situación económica y social no cambió. Rápidamente se declaró la guerra contra los rebeldes que amenazaban con tomar Kinshasa y otros lugares estratégicos del país. Con la ayuda del ejército angoleño y de Zimbawe, se

desencadenó una guerra de tres días en Kinshasa. Los barrios donde se encuentran nuestras casas, estaban rodeadas de rebeldes. El ejército de Zimbabwe desde el boulevard Lumumba mostraba su potencia a través de golpes de fusil y estruendo de cañones.

Durante varios días los Hermanos y Hermanas dispersados vivieron « prisioneros » en sus casas sin poder enterarse sobre lo que estaba pasando fuera. Desde el barrio del aeropuerto, la gente huía y pasaban por delante de nuestra puerta. ¿Adónde vais? A la ciudad, a nuestras familias... Y nosotros, ¿adónde ir? Felizmente se encontraban bloqueados uno o dos Hermanos que habían venido a desayunar después de la misa de la mañana... Gracias a Dios teníamos la Eucaristía asegurada en nuestras casas y la presencia de un Hermano en esos momentos de gran angustia. Nuestras casas estaban todo el tiempo a tiro de fusil de los rebeldes y de cañones que oíamos cerca de nosotras. Las casas de los Hermanos contaban con pocos sacerdotes. Mikondo había quedado con sólo dos jóvenes Hermanos. El postulante con el P. Manuel. Tratábamos de mantenernos en contacto entre nosotros a través de una radio bien escondida. Y cuando pudimos salir, los jóvenes colegas congoleños hacían el contacto entre las diferentes comunidades para traernos noticias y refuerzos

Entretanto la guerra continuaba al este del país. El subsuelo es rico en minerales explotados por las potencias extranjeras. Kabila se inclinó hacia sus amigos-aliados de tendencia « comunista » y fue asesinado. Su « hijo » Joseph Kabila tomó inmediatamente su lugar

Después de tantas conferencias sobre la paz, sobre las elecciones democráticas, libres y transparentes, la guerra continúa hasta nuestros días y con la guerra la explotación de las riquezas. La situación económica y social cambia muy lentamente. Movimientos de huelga de la enseñanza, la salud, la administración.

En la actualidad Hermanos y Hermanas a través de las parroquias y las obras sociales y educativas están al servicio de la evangelización de un pueblo sediento de justicia, de paz y de dignidad humana. Como el Estado nunca tiene dinero para asegurar la educación de los niños y de los jóvenes en nuestros barrios, los Hermanos y Hermanas aseguran una educación de calidad en el Colegio Padre Damián y en la escuela primaria del Centro Damián. La promoción de los jóvenes y de las mamás es una prioridad para las Hermanas a través de los centros de alfabetización y de post-alfabetización. Los niños marginados y minusválidos tienen un lugar entre los otros niños. Así continúa Damián inspirándonos en todas nuestras obras y en todas nuestras parroquias de Kinshasa.

¿Para cuándo ese Congo mejor que soñamos todos? Después de más de 30 años de trabajo como Congregación de evangelización en la periferia de Kinshasa, somos numerosos actualmente. Hay 17 Hermanos, de los cuales 11 congoleños y 1 mozambiqueño. 17 Hermanas: 11 congoleñas y 1 mozambiqueña. Unos 40 laicos de la Rama secular forman tres comunidades. Unidos diariamente por la Eucaristía, la Adoración reparadora, por la fraternidad y el celo que nos caracterizan tenemos fuertes razones para la esperanza, que es lo que transmitimos a la juventud y a los cristianos de las parroquias que nos han sido confiadas.

¿Nuestra inspiración? La misma que la de Pedro y Enriqueta que hicieron conocer el Amor.

Hoy, celebrar la semana Santa en Kinshasa con la cantidad de gente en las iglesias, puede cuestionar e incluso evangelizar a la multitud que ha perdido la fe en su Iglesia...

¡El Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere!

La muerte de nuestros hermanos y hermanas inocentes

André Kibeti ss.cc.



Con este artículo intento plasmar mi sentimientos en lo referente a la muerte y, sobre todo, hacia lo que ésta implica en la realidad de nuestra sociedad. Después de algunas consideraciones sobre la muerte y, partiendo de algunos testimonios, intentaré mostrar cómo en Kinshasa las personas mueren inocentemente a causa de una estructura política irresponsable. Siempre he concebido al hombre que muere inocentemente como una cosa o un animal y, por lo tanto, consagrado a la nada. El ser humano es una realidad de la nada cuando deja de ser sujeto de “comunidad e interpelación”. Pero, sin embargo, delante de Dios el hombre no forma parte de la nada, sino que tiene un valor y una dignidad.

Es cierto que la muerte es un fenómeno natural. Todos los hombres deben hacer frente a esta realidad. Para morir debe haber, al menos, un verdugo que actúe como agente causal. En el Calvario fueron los soldados quienes colgaron a Jesús de la cruz. Cada ser humano sobre la tierra tendrá unos verdugos que finalmente le colgarán de la cruz; a saber: un accidente, una enfermedad cualquiera, la vejez, etc. Las causas de la muerte pueden ser muy distintas.

No obstante, este hecho nunca ha sido bien acogido por el hombre; pues, sea como sea, la muerte es una enemiga con la que, de ningún modo, el hombre puede hacer un tramo del camino, salvo cuando ya no es consciente. La muerte nos arrebató a nuestros padres y madres, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos y familiares, haciendo derramar por siempre lágrimas en nuestros ojos.

Yo tenía siete años cuando mi padre murió. No estaba muy afectado, pero los llantos de mi madre, mis hermanos, mis hermanas y de los demás me impulsaban a llorar yo también. Para mí (ayer más que hoy), las personas que lloran frente a un cadáver son objeto de reflexión. Sus llantos significan que, con la muerte, todo termina aquí en la tierra, y que el hombre que llora se siente vacío frente a esta realidad. Lloro porque están los demás. Los demás me interpelan sobre mi muerte. Me atrevo a decir que es el hombre quien dota de significado a la muerte.

En la tradición africana, así como en el pueblo hebreo, existe entre otras, la buena y la mala muerte. Esta última nunca ha llegado a ser asumida por el africano. Se trata de un tipo de muerte precoz y a menudo provocada por los hombres. Una muerte acelerada y provocada, que es precisamente objeto de una gran desolación y confusión. Según mi experiencia, si alguien muere repentinamente en Kinshasa (y sobre todo si es joven), buscamos las causas de esta muerte fuera de la persona misma. Partiendo de esto podemos entender que la brujería alcance su récord de aceptación en África, y en particular en la República Democrática del Congo, más concretamente en Kinshasa. Esta es una de las causas de este tipo de muerte.

Además en Kinshasa existe esta realidad de una muerte precipitada. El hombre muere por culpa del hombre debido a su orgullo, a la inseguridad social, a la falta de asistencia a las personas en peligro, a una estructura política orgullosa e insegura, etc. Os narro la muerte de una joven cuyo sentido me ha parecido siempre incomprensible. Eran alrededor de las nueve de la noche, en la calle Ndjoko/Kinshasa. La joven asaba pescados para venderlos. Un policía, cuyo puesto estaba en diagonal al lugar donde se encontraba ella, se acercó para hacerle compañía. Sentado en el mismo banco que ella, tenía el arma sobre sus piernas apuntando hacia ella. La joven le dijo: “mueve tu arma”. “¡No! No pasa nada” –le respondió él-. “Pero tengo miedo, gírala” –añadió ella-. Él estaba cambiando la posición del arma cuando una bala salió y alcanzó el vientre de la joven. Murió en el acto. ¿Cómo interpretar este suceso? Para algunos, se trataba de una consecuencia de un estado de embriaguez. Para otros, el hombre pretendía la mano de la joven, a lo que ella siempre se había opuesto. Esta muerte no es más que la consecuencia de su rechazo. La bala estaba ya en la recámara y, al mover el arma, ésta ase disparó sin que el homicida se diera cuenta.

Hace cinco meses un avión destruyó varias casas en el barrio de Kingasani/Kinshasa, causando la muerte de cerca de un centenar de personas. Era un avión de carga y, tras despegar del Aeropuerto Internacional de Ndjili, perdió uno de sus motores y comenzó a sobrevolar a ras de las casas, llevándose los tejados y las personas que se encontraban en aquellos hogares, hasta estrellarse en una casa donde un novicio de la comunidad “Amor y Libertad” estaba visitando a una familiar enfermo.

Yo no podía imaginar ni contemplar los efectos de una catástrofe así. Muchas personas abandonaron el lugar con sus pocas pertenencias. Personalmente, lo que más me sobrecogió fue la actitud de la población y de las autoridades del país: no hubo más que un día de luto en la ciudad. No dejo de preguntarme si todas estas personas víctimas de la colisión eran enteramente congoleños o si se trataba de congoleños marginales. ¿Por qué debemos resignarnos, así sin más, ante lo que ocurrió después? Algunas personas acudieron para saquear el lugar en vez de unirse al dolor. ¿Por qué hay que lanzar flores a una autoridad política que compra ataúdes para enterrar a los inocentes? Resulta lamentable ver cómo el deber político se convierte en un “regalo” con el que ganarse a la población. Es el momento de tomar conciencia de esto diciendo que el hombre es un ser que goza de derechos y en consecuencia, de deberes. Hay que respetar el derecho a la vida pues, subjetivamente, éste está vinculado con la fe. El hombre es un ser creado a imagen y semejanza de Dios para un mundo mejor.

Nosotros, por último, debemos confiar en Dios: “...*abandónense a Dios, y Él no les abandonará*”, decía la Buena Madre. Es Él el que tiene la última palabra en todo. Bendita sea esta necesidad de ser siempre hombre y mujeres de esperanza. Y para ayudar a que esta esperanza se haga presente, debemos ser anunciadores de la verdad en obediencia filial, para que el mundo opere la transformación según los corazones de Jesús y de María.

La muerte accidental de la hermana Célestine Mpolo

Willy Mpia Makila, ss.cc.



La muerte siempre es un acontecimiento que conlleva consternación y dolor. En todas las culturas del mundo, la separación que provoca es vivida de forma trágica. En particular, la muerte accidental de la hermana Célestine Mpolo ha desolado a varias personas. Resulta sobrecogedor ver cómo se marcha una mujer joven y dinámica, llena de talentos, llevándose consigo todas las promesas de un futuro prometedor.

Una muerte así, una pérdida tan sensible para la misión, cuando nadie lo esperaba, me hizo revelarme. En la celebración eucarística que nos había unido a la hermana Célestine antes de su entierro, el celebrante decía que sentía el dolor de todos los que habían acudido para participar en el funeral. Pero, al mismo tiempo, nos lanzaba a todos una invitación a pensar en los padres y mayores que entierran a una juventud de quien esperan recibir las atenciones dignas de su edad.

En la cultura “mbun” de la que la hermana Célestine provenía, la muerte de un niño o de un joven no es aceptada. Esta cultura busca inmediatamente las causas de la muerte. Así ocurrió con su muerte. La gente especuló mucho y, de todas las formas posibles, trató de aclarar las causas del suceso. Compartiendo estos mismos sentimientos, yo también he intentado repartir las responsabilidades a todos los niveles.

Es cierto que el estado de las carreteras en el Congo deja mucho que desear. Las carreteras que comunican actualmente el país forman parte de la herencia de la colonización. Los gobiernos municipales y nacionales se han sucedido, pero el proyecto de construcción de carreteras no ha captado la atención ni de unos ni de otros. Las calles de Kinshasa están llenas de socavones que sirven a los que aprenden a nadar cuando llueve. El mejor chofer es aquel que sabe esquivar los socavones de su camino.

La población congoleña ha perdido bastante sentido del bien común. El respeto de los bienes y de los lugares públicos va desapareciendo. La gente se siente libre de verter basura en las vías públicas, sin imaginar el peligro que pueden acarrear para los usuarios de la calle. No resulta extraño encontrar en la calzada cáscaras de plátanos, piedras, troncos de árboles u otros objetos que dificultan la circulación. El Estado y la población comparten la culpa de varios accidentes de circulación.

De todas formas pienso que la Congregación tiene también una parte de la responsabilidad en la muerte de la hermana Célestine. El coche que la hermana había empleado para ir a la excursión no estaba en buenas condiciones para un viaje así. Era un coche viejo y que a duras penas se mantenía. No estar atentos a estos detalles y el deseo de ahorrar quizás pueden hacernos pagar facturas enormes. En este sentido, creo que parte de la responsabilidad en este accidente mortal que ha sufrido la hermana Célestine incumbe a la Congregación

Está, finalmente, la responsabilidad personal de la conductora. La carretera representa siempre una tentación y un peligro para un conductor. En cuanto la máquina se encuentra sobre la vía, la tendencia del conductor es la de probar su destreza y medir las fuerzas del vehículo. Asimismo, en cuanto se siente preparado surge el peligro de olvidar las mínimas normas de seguridad y el código de circulación. Cuando se trata de la conducir, nadie confía de más en la prudencia

El cinturón de seguridad, la mirada atenta en la trayectoria, la distancia de seguridad que respetar, la velocidad indicada para cada tramo de la ruta.... Son algunas recomendaciones que los conductores puede fácilmente omitir. Ciertamente, la hermana Célestine cayó en la trampa del olvido de alguna de las normas citadas. La imprudencia personal puede agravar los errores de la sociedad circundante, precipitar sus consecuencias.

Había sentido curiosidad de buscar en la muerte accidental de la hermana Célestine Mpolo, los distintos responsables. Nuestra sociedad circundante puede presentar varios peligros a lo largo del camino de nuestra vida, pero nuestras propias debilidades también pueden influir mucho. Es bueno contar con nuestras propias fuerzas, pero es mejor reconocer nuestras imperfecciones. Éste es el modo de ver las cosas que nos cambia.

La muerte es incompatible con la vida...

Nicolas Malaba ss.cc.



Partiendo de nuestra propia experiencia de la muerte, podemos definirla como una separación (distanciamiento) del hombre de su propio cuerpo y de su comunidad (su familia, los vecinos, sus amigos y conocidos). Es claro que para nosotros la muerte no es un fenómeno puramente biológico; ella siempre ha sido una noción construida desde la existencia moral y religiosa.

No es necesario repetir que la muerte conserva su carácter irreversible, a pesar de los actuales progresos de la medicina humana. Es este rasgo cruel de la muerte el que traumatiza al hombre desde la aurora de nuestros tiempos.

Mi padre murió hace casi una decena de años. Falleció por falta de oxígeno. Estaba en coma, y alrededor de tres minutos de falta de oxígeno bastaron para conducirlo a su muerte.

Estábamos junto a su lecho de enfermo en la sala de urgencia: un médico, una enfermera, su hermano menor (mi tío paterno), su mujer (mi madre) y yo (su hijo). Una auténtica red de relaciones angustiada por la muerte.

En mi caso personal, era la primera vez en mi vida que veía morir a alguien, y era mi padre quien nos abandonaba en total silencio. El dolor era tan intenso, que incluso mi cuerpo era presa de la tristeza. En ese momento, su mujer y su hermano menor lloraban; yo mismo lloré al día siguiente. Es justamente en el momento en que mi padre entregaba su alma que yo tomé conciencia de cuanto lo amaba. Y fue la irreversibilidad de la muerte la que me permitió adquirir esa clarividencia neta de mi afecto filial.

A partir de ese momento, para mí el hombre ya no es más una dualidad de cuerpo y alma. Es solamente espíritu. Y el cuerpo no es sino una envoltura de la cual nos servimos para hacernos visibles en la vida terrestre. Desde esta perspectiva, el temor a la muerte es ilógico. Porque todo bien y todo mal residen en la sensación; sin embargo, la muerte es la privación consciente de esta última. Esta convicción de que para nosotros la muerte es nada, tiene como consecuencia que apreciemos objetivamente las alegrías que nos ofrece esta vida efímera, ya que ella no nos regala una duración ilimitada, sino que más bien nos priva del deseo de la inmortalidad.

Morir, cuando se trata de un ser humano, no significa perecer, sino experimentar la pérdida de un mundo de vínculos y compromisos; un mundo en el cual el poder y el tener tienen fuerza simbólica, imaginariamente considerados no por sí mismos, sino por su relación a otros.

Esto hace que la muerte nos obligue a inventarnos razones para vivir, a pesar de una existencia precaria, amenazada y amenazante. Antropológicamente hablando, la muerte es siempre y ante todo una separación dolorosa. Por ella, como dicen los filósofos, el ser se

transforma en no-ser; por ella, la presencia se muda en ausencia. Aunque sabedores de nuestra mortalidad, siempre somos trastornados, en primer lugar, por la brutalidad e inevitabilidad de esta última.

Esto explica por qué en nuestras ceremonias funerarias, concebidas por el ingenio cultural para luchar contra la acción perturbadora de la muerte, hay en el fondo un mecanismo de rebasamiento de la muerte, una metodología social para actuar sobre el dolor, y no sobre la muerte en cuanto tal.

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, hay dos actitudes ante la muerte que permanecen insoslayables. Primero, las lágrimas, la manifestación del dolor en las más variadas formas. Segundo, ocuparse menos del muerto que de la muerte. A modo de ejemplo, durante el tiempo de duelo hay parodias, comportamientos burlescos, disfraces divertidos, danzas, gritos y llantos.

Desde este modo de entender, el temor a la muerte es injustificado. Ella nos es más que una separación, o un cambio de estado, y la existencia terrestre una propedéutica para el más allá (Mt. 22, 40).

Humanamente, la prueba de la muerte es dura; ella mantiene siempre un horizonte trágico, incluso espantoso. Pero felizmente tenemos en qué apoyarnos para superar el temor que nos produce. Porque sin Cristo la muerte es abominación; pero gracias a él es camino a la eternidad (Jn.11, 25-26). En Cristo, la muerte llega a ser la transición necesaria para alcanzar la auténtica salvación, que es la visión de Dios (1 Cor 15). Tal como la medicina no destruye la muerte, sino la enfermedad; la muerte no destruye la vida, sino solamente el cuerpo.

La violencia, en el contexto cercano de los hermanos de la Viceprovincia de Colombia

Miguel Habacuc Ortega Moreno ss.cc.



Al hacer un poco de memoria, se ve que nuestra vida es compartida con un pueblo que ha sufrido de una violencia estructural y que la muerte se pasea en medio nuestro.

Adalberto, el primer SS.CC. en llegar a Colombia, sube al techo de la Iglesia de María Reina en Medellín se cae y el golpe es tan fuerte que le causa la muerte. Juan Teck, viaja por sus vacaciones, siente una molestia, va al médico, después de algunos exámenes el dictamen es un cáncer pulmonar avanzado, regresa a Colombia para despedirse, tras unos meses muere en su natal Bélgica.

Algunos casos para dar una idea del panorama. La familia, tuvo que abandonar su tierra, para poder vivir, siendo despojados, en la época de la guerra entre Liberales y Conservadores, tienen que empezar, hacer raíces en otro pueblo. Unos hombres que están por allí en riña, alguien dispara y una bala se le incrusta en la pierna de nuestro hermano que pasaba. Otro, vivió su infancia y adolescencia, en una de las épocas más duras de Medellín, muchos de sus compañeros no vivieron para contarla.

Por los años noventa los paramilitares provocaron desplazamiento en la región y otra familia tuvo que dejar de cultivar sus tierras y que pasara un buen tiempo para regresar. Cuando era niño, a otro hermano nuestro, un vecino le dijo que entraría a su casa para hacer daño, sin saber de qué forma, lo que lo marcó es que antes de tener miedo, ellos estaban rezando el rosario, el vecino se fue, nada sucedió. Cuando era adolescente, tuvo que relevar en su vereda a un líder comunitario que había sido perseguido, esto ocasionó que el también fuera amenazado. Un joven había sido encargado de matarle, y al encontrarse con él, le dijo que no tenía miedo de morir, que en realidad les temía a los que mataban el alma.

Un viernes en la noche, salimos con dos hermanos SS.CC. que nos visitaban para que conocieran algo de la cultura de nuestro vecindario. Una gran sorpresa y susto nos llevamos: caminábamos... dos hombres discutían, llega otro y le dispara, corrimos. Teníamos la sensación que nos seguían a nosotros por estar cerca.

La muerte de Ramón

Un día de diciembre llamó José, para decir que Ramón había sido hospitalizado. Lo primero que pensamos, es que se trataba de algo pasajero. Viene el deseo de ir a visitar a un hermano enfermo. Mas tarde, enterados que la cosa es grave, nos invade en el corazón una posibilidad: tal vez pueda morir, pero solo tal vez. Luego, orar, comunicar a otros hermanos y

conocidos... la incertidumbre, la esperanza. En la mañana del día siguiente, otra llamada, inolvidable, el hermano luchó, pero falleció.

Todo pasa tan rápido. Simplemente vamos llenos de perplejidad. Estamos con el hermano, la comunidad local, la familia de sangre, la comunidad parroquial. Nos duele el alma y lo vemos, si no lo hacemos no habríamos podido creer que alguien tan joven pudiera estar allí inerte.

Entre el dolor y el asombro, la fuerza de Dios para nosotros fue estar en comunión y unidad con el obispo, el clero de la diócesis, la gente de la parroquia, la familia del hermano, los feligreses de otros lugares. La misa en la Catedral, la llegada a Algeciras todo el pueblo esperando. Luego el traslado a su natal Suaza.

Ramón la cercanía de Dios

La tristeza estaba acompañada del agradecimiento por haber tenido a un hermano cercano a todos, llorado desde los niños hasta los ancianos. Se fue el cantante de rancheras, el que se transformaba en artista con algo que se pareciera a un micrófono, el que decoraba, deportista, animaba los encuentros, los cumpleaños, las eucaristías, el que cuando caminaba rápidamente se hacía amigo de quien fuera y que por ello avanzaba poco. Se fue Ramón y nos dejó, en medio de todo, la imagen de un Dios cercano y misericordioso.

Ramón vivió gran parte de su ministerio en lugares muy golpeados por la violencia: Medellín y en Algeciras. No fue un hombre de grandes planes y proyectos, simplemente fue la refrescante y vital cercanía de Dios que acompañaba.

Después, en el tiempo, Dios ha seguido acompañando el camino. Una comunidad pequeña que "pierde" a un hermano. La vida tiene que seguir, lo sabemos, la de Ramón, la nuestra, en comunión y esperanza.

Un 2 de enero 1982, en Zaire...

Marie-Lucie Geniteau ss.cc.



El mes pasado recibí una carta de Roma, de parte de Cristina y de Radek pidiéndome si aceptaría *“compartir un poco sobre la muerte de nuestras hermanas María y Rosa en Kinshasa en 1982, y cómo a partir de esta experiencia tan dolorosa las comunidades se reorganizan para continuar su presencia en África”*. Al recibir el mensaje, mi primera reacción fue responder que me sentía sin palabras... e incapaz de ser...realista...objetiva...ante un hecho tan doloroso y a la vez tan portador de la presencia amorosa de Dios. ¿Cómo hablar sin desfigurar lo vivido por todas las personas que compartieron estas trágicas horas, primero en Kinshasa, luego en España, en Roma y en la Congregación...? Luego respondí simplemente “sí”.

Creo haber comprendido la razón del pedido que me han hecho. No se trata de relatar los detalles del accidente sino de re-sitarlo en la historia de las hermanas y hermanos de los Sagrados Corazones de África en 1982.

La revista INFO SSCC de los hermanos del Generalato de Roma N° 14 del mes de febrero de 1982, dice: *Rosa Martín (45 años) y María Solar (34 años) dos de nuestras hermanas españolas en el Zaire murieron en un accidente de la ruta el 2 de enero de 1982, a 300 Km. al sud-oeste de Kinshasa y a 50 km. antes de Matadi. La conductora del vehículo Mercedes Páramo ss.cc., resultó con heridas en la cabeza y fractura de un brazo. Una cuarta hermana Pilar Sánchez ssc y un hermano (belga) de Scheut con traumatismos leves. El jeep saltó una curva y dio una voltereta* La revista “Entre nous” de las hermanas agrega: *“...La Hermana Rosa fue enterrada en Kinshasa por pedido de su madre y respetando el deseo de su hija de permanecer para siempre en el pueblo africano a quien dio su vida. El cuerpo de la Hermana María fue llevado a España por deseo de sus padres.”*

¿Cuál era la situación de nuestras hermanas y hermanos SS.CC. en esos primeros días del año 1982? Dos comunidades de hermanas estaban implantadas en Kinshasa Este, barrio muy popular y pobre de la capital: una comunidad de cuatro hermanas españolas que dependían de la provincia de España y una comunidad de cuatro hermanas (dos belgas y dos francesas) que dependían de la Provincia de Bélgica. Para comprender bien la situación es bueno recordar que después del Concilio Vaticano II, las provincias se implantaron en misiones en el extranjero sin concretar ningún acuerdo entre ellas. Cada Provincia deseaba tener “su” misión y si dos francesas se encontraban en una misión belga era por el pedido acuciante de Bélgica que no sabía cómo continuar sola en Kinshasa. Las relaciones entre las dos comunidades eran de “buena vecindad” sin más, con encuentros fraternales pero sin proyectos ni reflexiones comunes sobre la misión.

La primera fundación de los hermanos en 1966 precedió algunos años a la de las hermanas. Los Padres españoles eran ocho y los Padres polacos (en reemplazo de los Padres belgas) tres y luego dos. Ellos tenían la responsabilidad de muchas parroquias. La

colaboración era importante entre hermanos y hermanas SS.CC., sobre todo en el dominio de la pastoral.

En esta diócesis, el Cardenal Malula no aceptaba que las congregaciones internacionales recibieran jóvenes nativos. Las Congregaciones que deseaban hacerlo implantaban sus casas de formación en las diócesis vecinas donde tenían ya comunidades o donde la libertad de acoger vocaciones no estaba prohibida.

Para todos nosotros, hermanos y hermanas, la misión principal era estar “al servicio de la iglesia local y del pueblo.” Sin embargo, el pedido de abrirnos a eventuales vocaciones y a las exigencias que ello entrañaba nos venía tanto de Roma como de los jóvenes zaireños (atraídos por la figura del Padre Damián).

El 1° de enero de 1982, hermanos y hermanas SS.CC. de Kinshasa se hallaban en fraternal reunión. Rosa, María y Pilar, de la comunidad de Mama wa Boboto (Virgen de la Paz) participaban de la alegría de partir por seis días al mar en un tiempo de reposo bien merecido... *“Después de estos días, decía una de ellas, tendremos la fuerza para hacer frente a todos los problemas que se presenten.”*

2 de enero: Hora 4 de madrugada... Es la hora de la partida entre cantos y alegría...Y a la tarde cae la noticia: un grave accidente ocurrió en la ruta de Matadi (llamada por los zaireños la ruta de la muerte por los muchos accidentes que se producen) En la comunidad belga de Santa Teresa supimos sobre el accidente por los Jesuitas. En ese momento éramos sólo dos en la comunidad: la Hermana Cécile y yo. Luego nos encontramos en la parroquia de la Sagrada Familia junto a los hermanos y sin apenas noticias...El Padre Sama partió en coche hacia el lugar del accidente y luego, desde el hospital donde fueron llevadas las hermanas, confirmó la noticia : María y Rosa fallecidas, Mercedes y Pilar con heridas y traumatismos. Durante ese tiempo, Álvaro de Luxán trata desesperadamente de entrar en contacto con la Congregación... Internet y los otros medios de comunicación actuales no existen...Carlos Barahona encuentra al fin un pequeño avión para recoger a las dos hermanas heridas. Recuerdo esa noche que pasamos juntos, hermanos y hermanas, esperando alrededor de la gran mesa del comedor de la Sagrada Familia, todos agobiados, sin palabras, impotentes...

La Hermana Pía Lafont, entonces Provincial de España cumple la hazaña de llegar en menos de 48 horas después del accidente. Viene acompañada de la Hermana Isabel Garrido. ¿Qué hacer? Mercedes y Pilar son repatriadas a España. Entonces ¿hay que “cerrar la comunidad”? parecía no haber otra solución... ¿Qué futuro? No hay comunidad: dos hermanas fallecidas y las otras dos repatriadas. Pero ¡no! no hay que decidir en seguida. La comunidad de Santa Teresa se va a “partir en dos”, una de las hermanas va a permanecer en Mama wa Boboto con la hermana Isabel en espera de que se tomen decisiones. No, no decidir nada en este momento...

¿Por mi parte qué decir sino que “El Señor nos ha conducido como por la mano”? ...La noche del 2 al 3 de enero fue un tiempo de “sábado santo”, de misterio pascual...Raramente he sentido como en los días que siguieron, la realidad de la presencia de un Dios Amor, de un Dios Padre y a lo largo de los días y meses que siguieron la seguridad de la presencia del Resucitado entre nosotros, misterio pascual.

Las semanas que siguieron al accidente permanecí en Mama Boboto con Isabel, luego Concha que vino más tarde de España. En los meses siguientes vinieron hermanas de España y las dos comunidades - belgas y españolas- comenzaron un buen trabajo en colaboración: proyectos, decisiones...se tomaban en conjunto, sea española, belga o francesa.

La parroquia de Santa Teresa pasó a los sacerdotes zaireños y nosotras fuimos con las hermanas españolas. Juntas discutíamos sobre el futuro. Lo mismo cuando comenzó la reflexión sobre acoger las vocaciones, el proyecto común, etc. Nuestras asambleas eran comunes con los hermanos...Una verdadera familia "sagrados Corazones" como lo deseaban nuestros Fundadores. Este fue el comienzo de una nueva etapa llena de promesas.

Antes de finalizar quisiera transcribir un extracto de lo que María Pía me ha escrito cuando le hablé de este artículo pidiéndole lo que ella guardaba en su corazón como hermana y como provincial entonces de España:

Hice silencio en mi interior y en la zona de mis recuerdos, reflexiono y me pregunto sobre lo que tengo en el corazón y cuáles son mis sentimientos al revivir lo acontecido hace 25 años en nuestra querida misión de África, en Kinshasa.

El terrible accidente de nuestras hermanas, con la muerte de María y Rosa fue un misterio de dolor y de interrogaciones en la Provincia de España, pero como siempre sucede, la presencia del Señor, fortaleciendo nuestra fe y asegurando con su Amor nuestra esperanza, nos permitió hacer una lectura creyente de lo acontecido.

Como don y gracia de Dios, el fruto de tanto sufrimiento se manifestó de manera especial:

- *en la Unidad-Comunión de la familia Sagrados Corazones en Kinshasa. Los gestos fraternos, generosos y comprometidos de los hermanos (Provincia de España) y de las hermanas (Provincia de Francia y de Bélgica) que decidieron mantener, con gran esfuerzo, nuestra casa abierta y de esta manera dar tiempo a la recuperación de las hermanas heridas y a la incorporación de nuevas hermanas.*
- *La solidaridad de la Provincia y la disponibilidad de las hermanas decididas a dejar todo para incorporarse a la misión en África.*
- *El interés y la preocupación de la Congregación, su entrañable oración por las hermanas y la continuidad de la comunidad en el continente africano.*

Es la semilla enterrada con Amor y que el mismo Señor ha hecho crecer y madurar en nuestras vocaciones africanas, pudiendo decir que nuestra Congregación ya es africana, el sueño de nuestras hermanas y el regalo de nuestro Dios."

Finalizo con las palabras de Olivier Clément que resume bien, me parece, o que intenté compartir en estas líneas: "...sólo profundizando el misterio pascual en el fondo de nosotros mismos, se transforma la angustia en confianza, la memoria de la muerte en memoria de la resurrección."

Padre Bolesław Wartałowicz

víctima de la Segunda Guerra Mundial

Radosław Zięzio ss.cc.



Ninguno de nosotros conoce los acontecimientos que nos están asignados por la providencia de Dios. Conociendo la historia de nuestras hermanas y nuestros hermanos podemos descubrir cómo Dios se vale de las personas y de la historia del mundo para cumplir su plan de salvación.

Los inicios de la Congregación en la tierra polaca están vinculados con la vida y vocación de Bolesław Wartałowicz, el primer SS.CC. Desde la perspectiva de la historia él es paradigma de un magnífico ejecutor de la voluntad de Dios.

Nacido en el año 1902, en la Polonia dividida por Rusia, Austria y Alemania. Su casa familiar se encuentra a poca distancia al noreste de Varsovia. En el bautismo recibió el nombre de Alexander. Tenía sólo 16 años cuando Polonia recuperó su lugar en el mapa de Europa pero un poco más tarde llegó la primera guerra mundial.

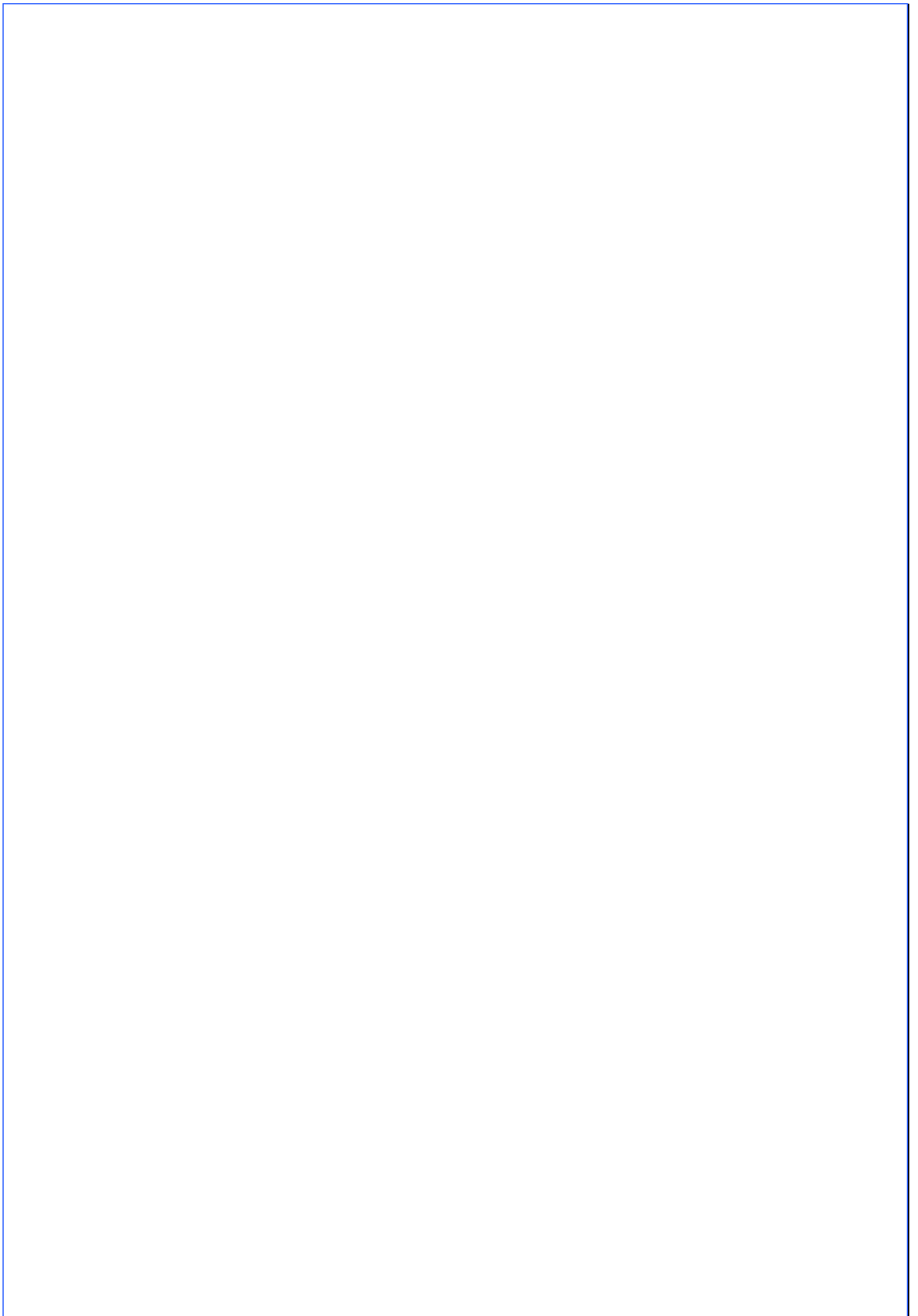
El joven Alexander terminó sus estudios secundarios en Varsovia y allí entró en la universidad para estudiar literatura polaca. Al mismo tiempo tenía inquietud interior y buscaba su camino hacia Dios. No se sentía atraído por los carismas de las congregaciones bien conocidas en Polonia. Encontró el libro del padre Mateo "Jesús, el Rey de Amor." Desde este momento ya estuvo seguro de lo que se le pedía. Para completar sus estudios le faltaba solo un semestre, pero él no quería esperar y sin dudar ni esperar más, se fue a Braine-le-Comte, en Bélgica, para encontrarse con el autor del libro. En su corazón ya había decidido entrar en la Congregación. Fue enviado por el Superior General al noviciado a Montgeron, en las afueras de París, y luego a hacer los estudios teológicos en Châteaudun (Francia).

Su ordenación sacerdotal tuvo lugar en 1931. Después fue a su parroquia familiar para celebrar su primera misa. Cada vez que viajaba a Polonia aprovechaba para buscar y conseguir candidatos. Se presentaron varios seminaristas y un puñado de niños pequeños de la escuela primaria. Su idea encontró el apoyo del General Flavien Prat y su proyecto fue aprobado. La formación religiosa de los primeros polacos se hizo en Francia, con la idea de que más tarde volverían a Polonia para implantar también la Congregación en este país.

El mismo P. Bolesław trabajó como misionero de los polacos en las cercanías de París desde 1931, viviendo en Montgeron. En 1939, como en otras ocasiones, se fue de vacaciones a Polonia. En el primero de septiembre de ese año los alemanes atacaron Polonia y empezó la segunda guerra mundial. P. Bolesław no se sorprendió, pero sabía que ya no podía volver a Francia y que tendría que quedarse en Polonia. Como sacerdote y gran patriota, con gran celo se dedicó a la ayuda pastoral, sustituyendo a los sacerdotes encarcelados. No temía nada.

Hablaba bien el alemán, con lo que podía ayudar y ser útil en muchas situaciones. En este tiempo la iglesia y los sacerdotes no tenían mucha simpatía entre los nazis. Todos estaban bajo vigilancia y persecución. P. Bolesław llevaba una vida sin un techo fijo, pero llena de servicio por la gente agobiada por la ocupación. Perdió muchos kilos y esto se le notaba en los rasgos de su cara. La Gestapo no le quitaba los ojos de encima. Fue detenido en otoño del año 1942. Su familia, especialmente su valiente cuñada, hicieron todo lo posible para sacarlo de esta situación. Pagaron a los guardias, mandaron ropas limpias y de abrigo. Las camisas que recibieron a cambio estaban enmohecidas y llenas de sangre seca. Después de cinco meses de prisión y de tortura, murió en el 14 de febrero 1943 en Nowy Dwór Mazowiecki.

El P. Ładysław Dudzikowski, sobrino del P. Bolesław, estaba en Francia en esa época, para hacer su formación. Pasados unos años habló de un sueño que tuvo y que correspondía con aquel momento final de la vida del P. Bolesław: *“Un día tuve un sueño tan extraordinario e impactante que no lo voy a olvidar. En este sueño vi al P. Bolesław, que tenía una camisa llena de sangre y estaba en una cabina de ducha. Él me miró, levanto los ojos y las manos... Se hizo claro para mí que estaba en una barraca y vi aquí y allí a soldados alemanes.”* Unos días después llegó un correo de Polonia con la información de la muerte del P. Bolesław Wartalowicz.



N. 16, 2008

Publicado en el Sitio web SS.CC.: www.sccpicpus.com

Casa General Hermanos SS.CC.

Via Rivarone, 85

00166 Roma, Italia

Tel. + 39 - 06 66 17 931

Fax + 39 - 06 66 17 9355

Email : secgen@sccpicpus.com

Email : comunicazione@sccpicpus.com

Casa General Hermanas SS.CC.

Via Aurelia, 145

00165 Roma, Italia

Tel. + 39 - 06 63 81 140

Fax + 39 - 06 63 81 013

Email : secgen.sccc@interbusiness.it

Email : secgen2.sccc@interbusiness.it